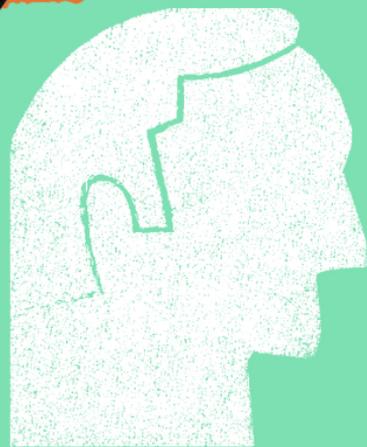
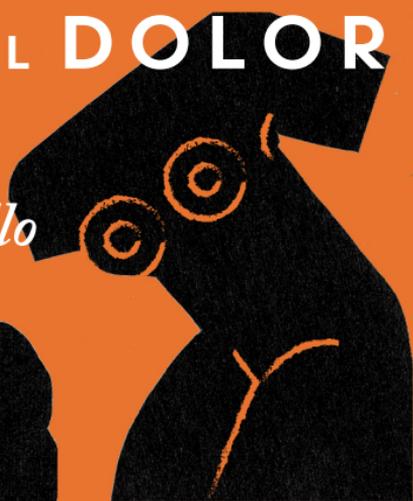




DEL AMOR, DEL DOLOR Y DEL VICIO

Enrique Gómez Carrillo



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



FILÓLOGICAS



CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

DEL AMOR, DEL DOLOR Y DEL VICIO

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Yosahandi Navarrete Quan
Presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Enrique Gómez Carrillo. *De amor, de dolor y del vicio*
Primera edición digital: 6 de noviembre de 2020
D. R. © 2020 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n. entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. La persecución del deseo en <i>Del amor, del dolor y del vicio</i> Yosahandi Navarrete Quan	5
<i>Del amor, del dolor y del vicio</i>	
I. Entonces... ¡Curioso! ¿Quieres saber para qué?...	21
II. La casa de la Muñeca	27
III. Margarita del Campo no era perfecta	33
IV. Mientras Carlos discutía ruidosamente con Plese	39
V. Robert tenía la costumbre de no levantarse nunca antes de las doce	45
VI. “¡Ya verás!”	51
VII. En la casita de las intermediaciones de París	57
VIII. Al volver a su nido, después de oír las revelaciones de Robert	63
IX. Después de haber pasado la noche en vela	67
X. Con una serenidad que nadie le habría creído ...	75
XI. Al romper, con una violencia imprevista	79
XII. Sentadas ante la mesa de uno de los ruidosos restaurantes parisienses	85

XIII. En la sala de billar del Círculo de los intransigentes	91
XIV. En realidad, Carlos había sido siempre un ser débil	97
XV. Al principio Liliana se entregaba a su vida de desorden	103
XVI. La Muñeca llevaba, según su propia expresión, “una vida de anacoreta”	111
XVII. Después de la lluvia menuda, gris y persistente	115
XVIII. Cuando Robert acabó de hablar	121
XIX. Durante algunos días, Carlos siguió consolando sus íntimas penas	127
XX. La víspera del casamiento de Margot	131
XXI. Al levantarse, Carlos encontró sobre su mesa de trabajo una carta	135
XXII. Los amigos de Robert y de Margot	139
Noticia del texto.....	141
Enrique Gómez Carrillo. Trazo biográfico	143

PRESENTACIÓN

La persecución del deseo en Del amor, del dolor y del vicio Yosahandi Navarrete Quan

Enrique Gómez Carrillo arriba a París en 1890, donde celebra su cumpleaños número dieciocho. Llega expectante, con una idea clara de lo que encontrará en su primer encuentro con la capital francesa. En su mente, la imagen de la Ciudad Luz ha sido forjada por lecturas hechas en Guatemala, su país natal, y en el barco que lo lleva de América a Francia. Entre aquéllas, resalta *Escenas de la vida bohemia* (1849) de Henry Murger, obra definitiva para el ideal y práctica de la bohemia que el guatemalteco busca y encuentra en París. Con frecuencia, aquel pasaje iniciático reaparecerá a lo largo de su obra.

El contraste entre su lugar de origen y la Ciudad Luz es abismal. A la vida conservadora de la capital —“viejo pueblo español”, la llama Gómez Carrillo— se opone la vibrante y vertiginosa ciudad de las elegancias, donde todo parece posible. Más próximo a las ideas y postulados modernos que a la literatura todavía anclada en el romanticismo de su país, Gómez Carrillo pronto

se sumerge en la vida cultural de la urbe, con la traza de la ciudad, los cafés, el arte y la literatura como telón de fondo.

Si bien su formación temprana se basa en los clásicos españoles, gracias a la influencia de su tío José Trible, comienza a leer a los autores franceses, que lo fascinan por el uso del lenguaje y temáticas que reflejan deseos y preocupaciones mucho más cercanos a él que las propuestas de los literatos españoles. De ahí que, al llegar a París, posea un conocimiento amplio de los escritores más importantes del momento; así lo demuestra en *Esquisses* (1892), en el que habla de autores como Rubén Darío, Oscar Wilde y Paul Verlaine, por mencionar sólo a unos cuantos.

La atmósfera de la capital francesa lo inspira, por lo que París se convierte en la columna vertebral de gran parte de su obra. En el segundo tomo de su autobiografía, *En plena bohemia* (1999), menciona: “Mi obra entera es, en cierto modo, un himno aparentemente frívolo, más en el fondo muy lleno de fe grave, a la gloria, a la belleza y las virtudes parisinas”.¹

Sus cuentos y novelas cortas marcan un precedente. El guatemalteco se aleja de los cuadros de costumbres

y las novelas moralizantes del romanticismo latinoamericano, y propone una literatura que transgreda las normas establecidas, no sólo por su temática o el tratamiento de sus personajes, sino también por su estilo libre y su prosa poética.

En su producción literaria destacan tres novelas de juventud: *Del amor, del dolor y del vicio* (1898), *Bohemia sentimental* y *Maravillas* (ambas de 1899), cuyo título cambió a *Pobre Clown*, cuando en 1919 estos escritos se publican en sus *Obras completas* bajo el título de *Tres novelas inmorales*.

Estas *nouvelles* han sido consideradas por la crítica como parte del movimiento modernista y decadentista. Una de sus características es ubicar el espacio de representación en las ciudades modernas, vertiginosas, para representar estética y literariamente una existencia a veces vacía, decadente, sin un propósito de vida claro. Además, establecen una relación con el simbolismo europeo, por los estrechos vínculos entre el arte y la vida misma que el simbolismo propone, como ocurre en *Del amor, del dolor y del vicio*.

En estos textos se nos presentan, uno a uno, los arquetipos de los personajes decadentes: el dandi, la mujer fatal, la mujer liviana, la prostituta, el andrógino y el *flâneur*. Todos dominados por el deseo, la pasión, la búsqueda de la sensación, la sensualidad y el erotismo.

¹ Enrique Gómez Carrillo, *En plena bohemia*, Madrid, Libros del Peixe, 1999, p. 59.

Esto es especialmente evidente en *Del amor, del dolor y del vicio*, la primera de las *Tres novelas inmorales*.

Con motivo de la publicación de sus *Obras completas*, el autor hizo algunos cambios y adecuaciones de las versiones originales. En el caso de *Del amor, del dolor y del vicio*, decidió eliminar los siete primeros capítulos, en los que se presentan las características más representativas de la pareja protagonista y se describe el inicio de su idilio. La razón de esta eliminación, de acuerdo con Karen Poe, se debió a que presentar la historia familiar de los protagonistas era común en el Naturalismo, pero al momento de su publicación el autor pensó que éste era un recurso accesorio o pasado de moda,² por lo que la trama comienza cuando los personajes principales son amantes y están a punto de mudar de residencia, sin lazos familiares ni antecedentes que los caractericen. De esta forma, el lector deberá inferir gran parte de su historia personal. En la edición que ahora presenta la colección *Novelas en la Frontera* se publica la última edición autorizada por el autor en 1919.

Respecto del asunto erótico predominante, en la edición de *Mundo Latino* de 1919, Gómez Carrillo

² Karen Poe, *Eros pervertido. La novela decadente en el modernismo hispanoamericano*, Madrid, Biblioteca nueva, 2010, p. 40.

aclara: “cuando escribo la palabra ‘inmorales’ refiriéndome a mis novelitas juveniles, no puedo menos de sonreír... Es tan ingenua, es tan pueril esa inmoralidad, que no llega a ser peligrosa. Todo se reduce [...] a no darle mucha importancia a los asuntos del couchage y a llamar bagatela al pecado carnal”.³

Efectivamente, leída en pleno siglo XXI, la novela nos parece hasta cierto punto inocente, pero en su momento causó gran revuelo. Uno de sus biógrafos más reconocidos, Edelberto Torres Espinoza, habla de la indignación, las agudas discusiones y los acalorados debates que *Del amor, del dolor y del vicio* provocó en los círculos sociales y literarios guatemaltecos, pues consideraban que Gómez Carrillo hacía apología de la homosexualidad —palabra prohibida, apenas susurrada en ese tiempo—, la infidelidad, el amor libre y la prostitución.⁴

Esto se replicó en otras partes de Latinoamérica. En Perú, por ejemplo, se pensaba que el texto sólo debía ser leído por varones, pues, aunque se reconocía el talento de su autor, era juzgada como una lectura

³ Enrique Gómez Carrillo, *Tres novelas inmorales*, Guatemala, Alfaguara, 2012, p. 9.

⁴ Edelberto Torres Espinoza, *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante*, Guatemala, FyG Editores, 2007, pp. 123-124.

indecente para señoras y señoritas, como narra Aurora Cáceres, primera esposa de Gómez Carrillo, en sus memorias.⁵

El título ya nos da una pista clara de su temática: *Del amor, del dolor y del vicio*. Por supuesto, no se refiere al amor romántico que debe salvar múltiples obstáculos para consagrarse, sino a la pasión palpitante, al deseo desgarrador, transgresor al punto de ser considerado un vicio, y al desamor lacerante que enloquece y todo lo trastoca.

El amor conyugal, sin pasiones, no despierta ningún interés en el autor, como él mismo comenta: “El amor sano [...], el que conserva un juicio cabal, no es, en realidad, sino una amistad cariñosa e instintiva que tiene por base filosófica el sentimiento de la perpetuación de la especie. Así los más recientes analistas del erotismo casi no han encontrado interés alguno en el estudio de ese sentimiento”.⁶ A Gómez Carrillo lo que le interesa explorar es otro tipo de amor, más crudo y sensual.

⁵ Aurora Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, Guatemala, Tipografía nacional, 2008, p. 12.

⁶ Enrique Gómez Carrillo, *Primeros estudios cosmopolitas*, en *Obras completas*, tomo XI, Madrid, Mundo Latino, s/f, pp. 85-86.

El escenario es el París bohemio del que Gómez Carrillo leyó. Pero no solo reproduce la bohemia de Murger, de artistas derrotados y pobres. La bohemia que retrata Gómez Carrillo también se encuentra en una escala diferente. Los personajes no habitan en las callecitas y cuartos destartalados del barrio latino sino en bellas casas y residencias, algunas en las afueras de la capital. Se mueven entre Versalles y París, en los cafés donde es posible convivir con los grandes escritores franceses y beber licores exquisitos que sólo el dinero puede pagar.

La definición de bohemia es amplia para el autor: “no es ni una fórmula de vida, ni una disciplina literaria, ni un alarde momentáneo de desorden. La bohemia es sencillamente la juventud pobre que se consagra a las artes y que lleva su miseria con orgullo [...]. En todos ellos los ideales de los héroes y de las heroínas son los mismos; a saber: gloria, amor, dinero”, y más adelante aclara: “para las almas de veinte años, las ilusiones son siempre las mismas”.⁷

En el caso de *Del amor, del dolor y del vicio*, la miseria no es monetaria, sino sentimental y, sobre todo, vivencial. La sensación, una de las características siem-

⁷ Enrique Gómez Carrillo, *La vida parisiense*, Colombia, Ayacucho, s/f, pp. 17-18.

pre presentes en la obra de Gómez Carrillo, es llevada hasta el extremo con tal de llenar el vacío que prevalece en las vidas de los personajes.

Lo que la novela recrea es la juventud anhelante, que busca incansablemente la independencia sin importar el costo, y desea experimentar todas las sensaciones, las vivencias, quebrantar todas las prohibiciones. Como cualquier juventud, reniega de lo establecido, especialmente de lo burgués, de la vida apacible y ordenada. Es una juventud que busca el significado de su existencia a partir de nuevas reglas, al labrar un camino propio, aquél que pueda llevarlos a la gloria y al reconocimiento de su arte. A la expresión más profunda del amor.

En contraste, lo bello y lo artístico son esenciales en su concepción de vida. Su entorno está lleno de muebles ligeros, cuadros hermosos, innumerables libros. La descripción de la casa de la protagonista no sólo es ejemplo de cuán importante es el elemento estético para los personajes; también es una ventana al mundo parisino de principios de siglo que el autor admira. Se nombran diseñadores, pintores y escritores famosos. El arte irrumpe en la melancolía y el hastío, produciendo un goce estético sólo comparable con el orgasmo.

La protagonista de la novela es Liliana, marquesa, viuda, apodada la Muñeca, una clara referencia a *Casa de muñecas*, de Ibsen. Para Karla Poe uno de los aciertos

del texto es que, a través de su protagonista, la mujer es presentada, quizá por primera vez en la literatura hispanoamericana, no como el acostumbrado objeto sexual del deseo masculino, sino como un sujeto activamente erótico y sexual.⁸

Liliana, con la libido a flor de piel, se atreve a observar su cuerpo y encontrar el deseo en su interior, sin la mirada masculina como catalizador. Es capaz de reconocer su propia belleza y apreciarla: “A mí me gustan mis ojos, me gusta mi boca, me gusta mi garganta... me quiero, me quiero mucho”.

Y es justo ese asomo a la desnudez, esa alabanza a la belleza deslumbrante del cuerpo femenino, una de las causas de la indignación del lector conservador que critica la novela. Para Gómez Carrillo esta indignación no es más que hipocresía, como la que demuestran los vecinos burgueses de la protagonista en el texto cuando reprueban la conducta libertina de Liliana, aun cuando cometen los mismos excesos. Porque en la sociedad acomodada y burguesa de París, tanto la desnudez como el erotismo deben esconderse y silenciarse. Como se expresa en “La bailarina desnuda”, texto incluido en *El libro de las mujeres* (1919), para el autor lo que irrita

⁸ Karen Poe, *Eros pervertido. La novela decadente en el modernismo hispanoamericano*, ed. cit., p. 379.

no es la desnudez en sí misma, “lo que indigna es que la desnudez se mueva y palpite, que sea real, que exprese las pasiones del alma”.⁹

Así, la Muñeca busca la libertad en la contemplación y adoración de su cuerpo, en la exploración del placer y de la sensación, no solo erótica sino estética, la que el arte y la naturaleza pueden proporcionarle. La vida nocturna, los espectáculos, las bebidas estimulantes, también le proporcionan esas sensaciones que tanto ansía experimentar.

Los recuerdos de su vida anterior, de su infancia indolente, aburrida, la persiguen: “Toda su niñez, toda su adolescencia, toda su juventud, los dolores y los goces muertos, la trama completa de su vida, en fin, desarrollábase lenta y metódicamente ante ella, en teorías de imágenes pálidas y de pálidas visiones...”. Lo que Liliana quiere es distanciarse de ese tipo de vida; lo que ambiciona es la libertad en mayúsculas, “la voluntad de ser libre y de gozar sin reserva alguna de su libertad”. Movida por esa convicción, abandona París con el fin de evitar la crítica ácida y malintencionada de la alta sociedad parisina, que amenaza con separarla de su amante. El acto de aislarse en su refugio, lejos de

⁹ Enrique Gómez Carillo, “La bailadora desnuda”, en *El libro de las mujeres*, Madrid, Mundo Latino, 1919, pp. 37-38.

aspiraciones como el matrimonio y actitudes como el recato, se convierte en un elocuente gesto de desafío. El refugio también será el centro de fiestas y tertulias, donde se congregan artistas, poetas y bailarinas: una bohemia por demás alegre y lujosa.

Considerada como escandalosa a principios del siglo xx, en realidad el erotismo en la novela nunca es explícito. Su autor se mueve entre sombras y claroscuros, a partir de la sutileza; todo es ambiguo, insinuado más que descrito. El narrador juega con el lector al sugerir, sin demostrar, una relación lésbica o el incesto entre algunos de sus personajes. Si bien una de las premisas de la trama es que la protagonista, en su intento de salir de la monotonía, de la melancolía que produce la vida común, se entrega a todos los excesos, éstos nunca se especifican; se dejan a la imaginación del lector.

Incluso para demostrar la perversidad en la que vive la Muñeca, el guatemalteco hace un guiño, al nombrar la leyenda de Gil de Rez, en alusión al barón de Rais, reconocido pederasta del siglo xv, famoso por sus orgías y retorcidas prácticas sexuales. Para quien conozca la historia, es clara la referencia sobre los límites casi inexistentes de Liliana.

Otra pista en la narración es cuando otro de sus amantes la compara sacrílegamente con *Santa Teresa desmayada de amor*, escultura mejor conocida como *El éx-*

tasis de Santa Teresa de Bernini, relacionando, sin mencionarlo explícitamente, la total entrega amorosa de la marquesa con el éxtasis de la santa, al unirse místicamente a Dios. La referencia no puede ser más transgresora. La sugerencia de que el placer carnal puede llevar al total extravío y convertirse en una experiencia mística, el goce supremo, es reveladora.

En la persecución de la sensación, la mayoría de los personajes se sienten atraídos por el peligro, por lo raro, lo infame, todo aquello que pueda llevar a la exaltación de los sentidos, ya sea en el arte, en la literatura, en la vida urbana, pero sobre todo en las relaciones sentimentales. Toda la trama gira alrededor del amor, del deseo nunca satisfecho, del dolor producido por el desamor, el vicio simbolizado en las relaciones prohibidas y el consumo de bebidas “edificantes”.

Pese a ello, la novela no puede evitar cierto aire conservador. Las mujeres son juzgadas y condenadas por la plenitud con la que viven su sexualidad, al alejarse de la imagen cándida, angelical, que deberían tener las posibles candidatas a esposas. Lujuriosas, perversas, malvadas, son algunos de los adjetivos que usan sus amantes después de haber intimado con ellas, especialmente cuando se insinúa una relación lésbica, por tanto equívoca y errada. Incluso la protagonista excluye de sus fiestas a las cocotas y a las prostitutas, mujeres consi-

deradas livianas. Sólo acepta a aquellas que son artistas o tienen una relación estable con los invitados, un recuerdo puritano de su educación en una escuela de monjas.

La perversidad de que tanto se hace gala no es innata en los personajes. Más bien, se adjudica como consecuencia de la vida urbana, del entorno social, de las lecturas. Cuando Carlos observa los estantes de la biblioteca de su amante, no puede sino alarmarse: “*La tentación*, de Flaubert; *Thäis*, de Anatole France; *El triunfo de la muerte*, de D’Annunzio; *Afrodita*, de Pierre Louÿs [...] ¡No, no!... ¡Todo eso es inmoral, todo eso es disolvente: eso es lo que ha pervertido a Liliana!”

Como hemos dicho, el ambiente de la novela es parisino en su totalidad: las avenidas, los parques, el interior de las casas, el arte, la literatura e incluso la moda que rodea a los personajes. Pese a ello, Gómez Carrillo no deja de establecer puentes entre España y las expresiones literarias latinoamericanas. En boca de Liliana se citan fragmentos no de Verlaine o de Baudelaire como sería de esperarse, sino de Rubén Darío y Leopoldo Lugones.

Del amor, del dolor y del vicio es una lectura obligada para entender el pensamiento modernista finisecular y de inicios de la siguiente centuria. No sólo por la representación que hace del París bohemio de la *Belle époque*,

sino por la complejidad de los sentimientos humanos que expresan sus personajes, así como la imagen de una sociedad que busca llenar el vacío y la pérdida de sentido que la vida urbana, moderna, ha dejado. Y porque su lectura es una invitación a conocer el arte, catalizador de los deseos y anhelos más profundos de los personajes, e identificar a los pintores, escritores y diseñadores fundamentales en la transformación de técnicas, estéticas y estilos, presentes en las expresiones artísticas actuales.

Si bien ha pasado un siglo desde su publicación definitiva, *Del amor, del dolor y del vicio* no ha perdido vigencia. Los anhelos juveniles, la complejidad del deseo, el desamor en toda su crudeza, la búsqueda de sentido, son expresiones humanas y preocupaciones actuales. Y, sobre todo, la presentación de una protagonista que busca la independencia e intenta hacerse cargo de su propia vida, aunque no lo logre del todo; esto hace eco de las nuevas configuraciones de género, tan relevantes hoy día.

DEL AMOR, DEL DOLOR
Y DEL VICIO

Entonces...
—Entonces... ¡Curioso! ¿Quieres saber para qué? Pues bien: te necesito para que me ayudes a completar la instalación de nuestro nido; un nido que será enteramente nuestro; una casita que he alquilado en los alrededores de París y en la cual nadie podrá escudriñar nuestra existencia. Porque lo que pone furiosas a mis amigas de otro tiempo es vernos aquí, en este antiguo y oscuro hotel, en el cual nació la abuela de mi marido y la madre de mi marido y mi marido mismo. ¡Ah, el respeto, la sociedad, la aristocracia, la solidaridad de las altas clases, las manchas que deshonran a toda una casta! ¡Imbéciles! Pero, en fin, gracias a Dios, nosotros no somos hijos de príncipes, ni necesitamos de ellos. Yo soy la Muñeca, tu Muñeca, y tú eres todo para mí. Allá lejos viviremos como se nos antoje; recibiremos a los amigos que nos gustan y por la noche, al volver del teatro, no tendremos miedo de que estas horribles butacas apolilladas se derrumben cuando tú te sientes en ellas y yo en tus rodillas. ¿Verdad que estos muebles

son muy feos con sus dorados verdosos y sus esculturas grotescas? Ya verás lo que he hecho poner en nuestro nido. ¡Aquellos sí que son elegantes y confortables! Después de almorzar nos marcharemos de aquí y esta noche estrenaremos nuestra nueva cama. ¡Di que no estás contento!

Sí lo estaba, sí. Estaba contento de huir del barrio en el cual los lacayos de los hoteles vecinos señalábanle con el dedo; estaba contento de alejarse de todas las grandes señoras que volvían la cabeza, para no saludarle, cuando lo veían por la calle; estaba contento, sobre todo, de llevarse a su Muñeca, a su Lili, a su tesoro, lejos del sitio en el cual se había muerto de fastidio durante tantos años, de aquel sitio fatal rodeado de enemigos que hacían lo posible por separarlos. Lo único que le producía un ligero sentimiento nostálgico eran los muebles tan odiados por la marquesa: los enormes sillones, los inmensos armarios, las mesas monumentales de una elegancia algo pesada, pero de un estilo puro y severo.

Insensiblemente, Llorede había ido familiarizándose con la noble austeridad de la vivienda de su antiguo “patrón”. Las puertas esculpidas por artífices anónimos; las vastas chimeneas casi conventuales, de mármol rojo y madera envejecida; los taburetes sostenidos por macizas columnas pacientemente talladas como pila-

res de catedral gótica; las vidrieras luminosas, hechas de fragmentos de vidrios multicolores, representando reales besamanos o suntuosas procesiones; los lechos imponentes; y los demás muebles, desde las sillas cubiertas de cueros blasonados hasta los cortinajes desteñidos; todo lo que contribuía a la vetusta decoración de la casa solariega, en resumen, parecía venerable a su alma de artista.

Por otra parte, Carlos no acertaba a comprender las razones que su querida había podido tener para no recurrir a él en el momento de comprar los muebles de su nueva casa. “¿Qué habrá comprado? —decíase a sí mismo—. ¿Qué habrá comprado? Muebles Luis XV, sin duda, ligeros, bonitos, rococós, cubiertos de sedas claras, muy doraditos, muy lucientes. Mucho terciopelo, tal vez. Tal vez una colección inarmónica de piezas de mil estilos. En fin, ya veremos”.

Su sorpresa fue así muy grande y muy agradable, al penetrar en el diminuto palacio alquilado por Lilliana en los alrededores de París, entre Bolonia y San Claudio, a orillas del Sena, en uno de los puntos más pintorescos del admirable círculo de árboles que encierra, como con un fresco cinturón de verde fieltro, a la inmensa ciudad de piedra.

¿Tè gusta el exterior?

Me parece delicioso.

También el interior era delicioso, con su lujo moderno, artístico, raro; con sus balcones cubiertos de madreselva y de hiedra, y con sus chimeneas de mármol rosado. En vez de los sofás Luis XV y de los espejos Pompadour que Carlos previera con cierto espanto, la Muñeca había buscado, para alhajar las claras piezas de su discreto nido, muebles modernos, muebles estéticos, *firmados* por grandes artistas ingleses y franceses. En las ventanas no había cristales fragmentados, sino vidrios blancos de una sola pieza, velados por floridas muselinas diáfanas como pétalos de lirio. Las paredes del comedor y de la biblioteca estaban cubiertas de finísimos tapices de Oriente, ligeros y coloreados, mientras los muros de la alcoba, del cuarto de baño y de otras varias habitaciones, desaparecían detrás de telas de seda fabricadas por Lyberty, vaporosas, desfallecientes, exquisitas. Sólo el salón principal ostentaba antiguas tapicerías de gobelinos, cuyos tonos pálidos parecían más apagados aún a causa de los cortinajes de oro y púrpura. Por todas partes las diminutas mesas de laca verde, de laca oscura, de laca color de fuego, sostenían vasos de Lachenal, lámparas de bronce, menudas figulinas de Sajonia o del Japón, floreros de hierro forjado, llenos de iris, de orquídeas, de amarilis o de asfódelos. Sobre los sillones esculpidos y sobre los divanes de seda de la India, abundaban los suntuosos cojines de damasco, de

terciopelo, de brocado, todos de colores homogéneos, formando gamas completas de esmeralda, de crema, de turquesa, sin llegar nunca a la violencia de los azules profundos, de los amarillos vulgares, de los verdes chocantes. En todas las estancias el matiz prevalecía sobre el color. Los cuadros eran de Burne-Jones, de Dante Rossetti, de Aman-Jean y de otros grandes pintores modernos que han hecho revivir, con un gusto raro en nuestra época, el arte divino de los primitivos, dando una expresión mística a sus figuras casi incorpóreas, a sus mujeres esbeltas como tallos de azucena, a sus lívidas ofelias, a sus enamoradas extáticas y piadosas...

Dos muebles llamaron especialmente la atención de Carlos: el lecho y la mesa de trabajo: el lecho, de nogal, muy ancho y muy bajo, había sido esculpido por Jean Dampy, y ostentaba, en una serie de bajorrelieves circulares, las principales escenas de la vida de Cleopatra. La mesa de trabajo, obra de Carabin, era una vasta tabla de encina, sostenida por cuatro mujeres arrodilladas.

—¿No te parece que estaremos mejor aquí que en París? —preguntó Liliana al salir de la biblioteca.

¡Oh, sí! —respondió Carlos—. ¡Ya lo creo que estaremos mejor, mucho mejor!

Y cogidos de las manos como dos chiquillos, siguieron visitando los rincones de su nido, contentos

de todo y de todo admirados, hablando de sus futuros paseos matinales, de las fiestas que pensaban dar muy a menudo, casi todos los días, en honor de los artistas del Círculo de los intransigentes, de las flores que sembrarían en el jardín, de la tranquilidad silenciosa que reinaría en sus noches de amor, de la libertad y del aislamiento que les permitiría acariciarse eternamente. Hablaban, hablaban; eran felices; y, sin contar con el destino, edificaban una vida color de rosa en la arena movediza del porvenir...

II

La casa de la Muñeca fue convirtiéndose poco a poco en un verdadero centro de reunión artística. Atraídos los unos por la amabilidad inteligente de Carlos o por la belleza de Liliana, y llevados los otros por el deseo de cenar bien, todos los miembros del Club de los intransigentes se daban cita casi a diario en el hotelito de las inmediaciones de París.

—Los hombres —decía la marquesa— pueden venir todos, cuando quieran y como quieran, pues siendo amigos de Carlos, también lo son míos. No así las mujeres, porque no deseo que mis salones se conviertan en sucursales del café Americano. Que vengan las que son artistas de verdad y las que viven con franca honradez al lado de uno de nuestros amigos; pero no las que tienen “un viejo” y “un joven” o muchos jóvenes y muchos más viejos. No. Nada de *cocotas*, nada de leonores de Alençon ni de bellas Otero que acudirían con la esperanza de hacer conquistas. ¿No les parece a ustedes que tengo razón?

Robert contestaba en nombre de los demás:

—¡Perfectamente! Una mujer bonita tiene siempre razón. Los que no dispongan de una “novia” que sea por lo menos tan honesta como su excelencia la princesa de Chimay, que dejen a sus chicas poniéndoles puntos y comas a sus manuscritos, como Colline dejaba a su mujer. Por mi parte, vendré solo mientras no pueda robarme a la otra hija de don Carlos.

De las mujeres sólo fueron, pues, admitidas las “casadas”, es decir, las que tenían un amante fijo y responsable. “¡Las bellas y honestas damas!”, exclamaba Plese. Fue admitida Laura, la de Rimal; fue admitida Flora de Lys con su banquero; fue admitida Marieta, de Jorge Delmonte; fueron admitidas tres o cuatro más, con sus “responsables”, y también Margarita del Campo, la chiquilla vivaracha a quien la Muñeca había regalado cierta noche un prendedor de esmeraldas y que, aunque desprovista de “marido”, recibió una invitación especial.

—Esta morenita endiablada me gusta mucho por su gracia parisiense y algo canallesca, por su ruda franqueza y por su modo de mirar —decía Liliana.

—A mí también me gusta —replicaba Robert—, pero yo estoy demasiado viejo para ser su “joven”, y soy demasiado pobre para ser su “viejo”.

—Y a mí también —suspiraba Plese—. ¡Ya lo creo que me gusta!

El único que no parecía tener grandes simpatías por ella era Carlos.

Una noche, Margarita llegó más tarde que de costumbre, vestida con un trajecillo de seda clara, ligero y ajustado, que atraía voluptuosamente las miradas, revelando formas perfectas y sugiriendo la visión de la carne desnuda. En el índice de su mano izquierda resplandecía una corona de duquesa incrustada de diamantes muy pequeños y diminutos rubíes. Mientras los artistas le decían bromas a propósito de su “impudor en el traje”, el banquero de Flora de Lys aproximose a ella y, después de examinar la sortija con una minuciosidad que hacía ver su instinto judío, preguntole de dónde la había sacado.

—¡La gané! —repuso ella orgullosamente.

—¿En justa lid de amores? —interrogó Jorge Delmonte.

No. En un concurso. Figúrense ustedes que el duque de Filieiro, un viejo loco que tiene cara de sanguijuela y que se ha gastado más de cinco millones entre comprar su título en Roma y comprar besos en París, nos invitó hoy a almorzar en el café Inglés. Toda la “alta cocotería” estaba allí, desde su excelencia la princesa Susana de Pibrac, hasta la sucia Tortuga. Todas estaban verdes “porque no hemos dormido”, decían ellas. En realidad, estaban verdes porque ya son viejas y nece-

sitan de la luz artificial para parecer guapas. Yo se lo dije a Marta du Ranz y poco faltó para que me comiera viva. Luisa Valori también me quiso matar porque le aseguré que se parecía a mi abuela. ¡Y yo que le hablaba seriamente! La más curiosa de todas era la mujer de Tiriel, que se levantaba a cada instante las faldas, con objeto de enseñarnos sus medias rosadas, bordadas, satinadas, doradas, blasonadas, caladas: “¿Qué te parecen?” Y así habría continuado todo el día, levantando la pata, si yo no hubiese tenido la amistosa franqueza de contestarle que “me parecían dignas de mejor suerte”. Un periodista propuso entonces que me echasen al agua por insolente, y como yo comprendí que lo hacía por consejo de la Tortuga, que comía a su lado, y que no me puede ver, le repuse, sin empacho, que la que necesitaba tomar un baño era su vecina. ¡Si la hubieras visto, mi querido Plese, tú que estás esculpiendo una cabeza de Medusa te habrías entusiasmado y la habrías querido tomar como modelo! Al fin del almuerzo, el duque tuvo una idea excelente: improvisar un concurso de pechos, y dar una sortija a la que, según la opinión general, presentase los más lindos senos. No hay de qué estar orgullosa. Entre aquellas dueñas, aquí no ganaría, en fin... Gané este anillo.

—¡Bravo! —gritó Robert—, ¡bravísimo! Pero estoy seguro, en efecto, de que aquí, en este salón, en

donde, sin embargo, apenas hay cinco mujeres, no ganarías con tanta facilidad un concurso análogo.

—¡Oh, no! ¡Aquí no ganaría nunca! ¡Ya lo he dicho que no! —replicó con vivacidad ingenua la chiquilla, clavando su mirada de fuego en el cuerpo esbelto de Liliana.

Eres una buena muchacha —prosiguió Robert—, una deliciosa mujercita más guapa que todas las que te quieren mal y más inteligente que el periodista que quiso echarte al río. Pero no eres caritativa, porque nunca me has dado un beso. ¿Por qué no me has dado nunca un beso? ¿Porque te figuras que no soy guapo? Está bien, aunque ese sea un error imperdonable, que, sin embargo, te perdono. Estás perdonada, hija mía, y puedes morir sin remordimientos; pero antes es necesario hacer una penitencia.

¿Cantar tres veces como gallo?

No.

¿Rezar un rosario?

Tampoco. La penitencia consistirá en hacer gratis, ante nosotros, el mismo milagro de divinas exhibiciones que te produjo una corona de diamantes en el almuerzo de la noble sanguijuela pontifical.

Margarita del Campo se puso de pie, ruborizada, y dispuesta a ofrecer a todo el mundo el espectáculo de su dorado y redondo seno. Sus manos ligeras e in-

conscientes habían ya desabrochado el primer botón de su talle, repleto de carne victoriosa, cuando Carlos, desde su sitio, con visible mal humor, dijo en alta voz a Robert:

—Me parece que esta noche tus ocurrencias son algo escabrosas.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de la chiquilla, que permaneció inmóvil, sin atreverse a seguir desnudándose, y sin querer, tampoco, darse francamente por ofendida.

Liliana comprendió el enfado de su amiga, y, por primera vez en su vida, mostrose en desacuerdo con su amante, yendo hacia Margarita, ayudándola a desabrocharse y diciéndole antes que nadie:

—¡Eres perfecta como una rosa, Margot!

III

Margarita del Campo no era perfecta. Era graciosa, era infantil, era fresca, era extraña, era fina, era tentadora; pero perfecta no. Su belleza carecía de corrección y su alma de grandeza. Su ingenio mismo, tan elogiado entre artistas y escritores, no consistía realmente sino en un don asimilativo completado por cierta vivacidad natural muy común entre las muchachas de París.

Menuda y elegante a la manera de las colombinas de Willette, con algo en el modo de inclinar la cabeza, que hacía pensar en las aristocráticas pastoras de Watteau, y mucho, también, en los ademanes y en los gestos de las precoces pecadoras de Steinlen; fresca, sin ser rosada, con una frescura de fruta primaveral, luciente y redonda; llena de agujerillos que sonreían en sus mejillas, que sonreían en su mentón, que sonreían en las articulaciones de sus dedos; pequeñita como una figura de Sajonia; con los cabellos muy negros; con la piel morena cual la de una bailadora gaditana, Margot producía una sensación de fragilidad voluntariosa y atrevida. Su más irresistible atractivo nacía del contraste

diabólico que producían sus ojos oscuros, profundos, ardientes, casi feroces, con sus labios frescos e ingenuos de niño goloso y alegre.

Su carácter no engañaba a nadie, por otra parte. Todos sabían que era incapaz del menor sacrificio, interesada e instintivamente cruel y poco sensitiva en el fondo. Pero había tanto buen humor en su risa sonora y tanto atractivo en sus maneras, que nadie lograba escapar con facilidad a sus mimos y a sus zalamerías cuando ella se proponía seducirle.

Carlos mismo, que desde el principio la vio con pocas simpatías, parecía inquieto cuando Margot no iba a comer en compañía suya y de su querida.

Liliana, por su parte, hubiera querido no separarse nunca de su amiguita, cuyo modo de ser, no obstante, era tan diferente del suyo propio.

—Margot “me completa” —decía a menudo la Muñeca—, porque tiene lo que a mí me falta: la vida exterior, la violencia, la alegría ruidosa, la ligereza callejera, la picardía parisiense.

Y Robert, cuya afición iba arraigándose, replicaba:

—A mí también me completaría. ¡Vaya!

Algunas mañanas, la marquesa iba a París acompañada de Margarita, con el propósito de hacer compras indispensables, y una vez en medio de esos inmensos bazares de lujo frívolo que se llaman Printemps o

Louvre, olvidábase de sus propias necesidades para no ocuparse sino de los caprichos de la chiquilla: “¡Oh, esos encajes! ¡Ese terciopelo, mira! ¡Qué camisas tan lindas, tan lindas!”. Y, en vez de comprar las telas que a ella le hacían falta, la Muñeca compraba las transparentes camisas, los finos encajes y los suntuosos terciopelos que su amiga había admirado.

—¿Sabes? —dijo un día Margarita a Liliana—, todo lo que hay en mi casa me lo has regalado tú, ¡hasta las sábanas! Lo que me compran los demás se lo doy enseñuida a mi portera.

Para recompensar la galantería, la Muñeca cogió a su amiguita entre los brazos y la estrechó fuertemente contra su pecho, besándola al mismo tiempo los cabellos y la nuca, como a Carlos.

—También los besos que me dan los demás —continuó diciendo Margarita— se evaporan antes de volver yo a casa, mientras los tuyos se impregnan en mi piel y me pican durante la noche, cuando estoy sola, sola. ¡Es curioso lo que me pasa contigo! Yo soy tu amiga, tú eres más bonita que yo, tú tienes un hombre, y, sin embargo, muchas veces, cuando me abrazas, se me figura que soy tu mujercita. ¡Pero no te enfades, rica! Son locuras mías, sin importancia. Dime que no te enfadas y que me perdonas. Si no me lo dices, me vas a hacer llorar. ¡Lili, Lili! ¿Te enfadas?

Sin responder una palabra, la marquesa seguía estrechando a Margot con un ardor nervioso, en el aislamiento discreto del gran salón oro y púrpura.

La chiquilla trataba de hacerse más diminuta aún entre los brazos de su amiga, como para que todo su cuerpo pudiera ser acariciado:

—¡Qué buena eres! —decía—, ¡qué buena! Te juro por las cenizas de mi padre que nunca he querido a nadie como te quiero a ti, ¡a nadie!, a nadie; ni a mamá, ni a mi pobre hermanito que se murió, a nadie en el mundo, ¡rica! ¡Si supieras que a veces he tenido envidia pensando en Alina que vive a tu lado, que te desnuda por las noches, que te viste por las mañanas, que puede verte a todas horas, que es tuya! ¿No te incomodas, Lili?

—No —respondió al fin la marquesa—, no, pero cállate, me haces daño.

Luego, cogiéndole las manos con violencia, alejándose algo de ella, mirándole los ojos, con voz sorda y descompuesta:

—¿Y los otros? —le dijo.

Margot parecía no comprender:

—¿Qué otros?

—Sí, los otros: Robert, que está loco por ti; Luis Galbé, que te ofrece palacios y castillos; los otros, en fin, ¡los otros!

—¡Tonta!, ¿qué me importan a mí los otros? Lo único que me interesa en el mundo eres tú. Sólo que...

—¿Qué?

—No. Nada.

—¿Qué?

—Nada, rica... ¿Acaso tengo yo derecho para pedirte cuentas de tu conducta? Con un poquito de cariño que quieras darme seré feliz y, en cambio, te daré todo mi amor. Yo soy libre. Yo no quiero a ningún hombre. Tú eres mi única amiga.

Liliana comprendió las alusiones a Carlos, y quiso hablar, sin saber lo que iba a decir; pero Margot le tapó dulcemente la boca con sus labios de niño vicioso, diciéndole:

—¡No mientas!

IV

Mientras Carlos discutía ruidosamente con Plese, a propósito de las últimas creaciones de Rodin; mientras la Muñeca y Margot se decían, al oído, frases ligeras y temblorosas; mientras todo el mundo, en fin, parecía contento y exaltado, Robert permanecía silencioso, en su butaca, fumando cigarrillos y sirviéndose copas de coñac.

—¿Qué te pasa, Robert? ¿Por qué estás preocupado y cabizbajo? —preguntóle la marquesa.

—Nada, nada. No se ocupen ustedes de mí.

—Déjale —dijo en voz alta Margarita a su amiga—. ¡Es un oso!

Las risas y los discursos continuaron.

Robert era uno de esos escritores parisienses que saben ser, al mismo tiempo, ligeros y rudos, batalladores y artistas; y que, en medio de la corrupción casi general de las costumbres periodísticas, conservan siempre un espíritu de rectitud y honradez. Por hacer una broma habría sido capaz de desacreditar a un hombre público. Ninguna ridiculez escapaba a su ingenio sutil

y nunca un enemigo encontró piedad ante su cólera sagrada de defensor del buen gusto.

“¡Un viejo atrabiliario!”, decían, hablando de él, los que le conocían poco; mas sus verdaderos amigos, Llorede, Plese, Domer, y algunos otros, sabían que en el fondo de aquel malhumorado genial palpaba un corazón de poeta, tierno, honrado, generoso, muy ingenuo y aun algo loco.

Una noche, hacía tiempo, Plese habíale preguntado, al encontrarle en un baile público:

—¿Qué haces aquí?

—Estoy buscando una familia.

—¿Una familia en este baile?

—Sí, en cualquier parte. A mí me hace falta una familia. ¿No conoces a alguien que quisiera venderme una, baratita?

Tal sentimiento, expresado en tono de broma, era, en realidad, uno de los más arraigados en el alma de Robert. Necesitaba una afección, tenía urgencia de encontrar algo que le proporcionase ciertos goces íntimos; deseaba, en suma, un poco de cariño para endulzar las agitaciones de su vida.

Y ese deseo familiar había sido colmado, al fin, por Carlos y Liliana, que eran, para Robert, “como dos hijos”; dos seres más jóvenes que él, dos seres que le querían entrañablemente, que aceptaban sus consejos

y que, si no lo respetaban como a un padre, tratábanle, al menos, como a un hermano mayor, llamándole a veces “tío”, a veces “viejo”, a veces “maestro”; amándole siempre mucho.

Y esa familia se iba desuniendo sin que Llorede lo notase. Y con la luna de miel, que terminaba, evaporábase también el calor del hogar amigo, del hogar que casi era suyo, “su único hogar”.

“¡Lástima! —pensó el periodista, contemplando a su amigo, que seguía en el otro extremo de la estancia, tratando de convencer a Plese de que Rodin era superior a Miguel Ángel—. ¡Lastima! Él está loco por ella, y hace algunos meses el amor de ella era tan grande como el suyo. ¡Quién lo hubiera pensado! Es cierto que en cuestiones de amor lo más natural es lo sobrenatural. Y, por otra parte, quizá ella le quiera mucho aún, pues no tiene nada de raro que una mujer engañe a un hombre aun estando enamorada de él. Pero ¿le engaña o no le engaña? Sólo Dios y ella lo saben, y tal vez ni aun ella está segura de lo que hace. ¡Son tan complicadas las mujeres! Ellas mismas ignoran lo que sienten, lo que piensan, lo que desean. Estoy seguro de que, entre mil infieles, hay por lo menos quinientas que no se dan cuenta de sus propias deslealtades. ¡La que no ignora nada es la otra, la Margarita! Ese monstruo, fino como un puñal, frío como un puñal,

atrayerente como un puñal, haría de mí lo que quisiese, si tuviera el menor interés en convertirme en instrumento suyo. No, esa no ignora lo que hace; pero ¿por qué lo hace? ¿Por amor? No, no. Liliana pudo excitar durante una noche, o una semana, su instinto vicioso y malsano; nunca durante tres meses. Y ya hace tres meses que la veo, que la adivino, que siento el verdadero objeto de sus zalamerías, de sus caricias, de sus humildades, de sus besos. La primera vez que comprendí con claridad lo que iba a suceder aquí fue cuando yo mismo la obligué a enseñar sus senos, admirables cual el pecado, ante todos nosotros. ¡Oh, los ojos de Liliana aquella noche! Al ver hacia el porvenir, tuve deseos de coger a Carlos por el brazo, de sacudirle, de despertarle. ¡Sólo que es tan cruel despertar a alguien que sonríe durmiendo! Ahora mismo me hallo en un caso igual; ¿por qué no le llamo aparte y le digo todo lo que pienso? Por timidez y por cobardía. Hay algo que me ordena que espere, diciéndome hipócritamente que una circunstancia dichosa puede detener los labios de Liliana, si aún no se han manchado. Porque, después de todo, nadie me prueba a mí que las dos mujeres han dejado de ser amigas. ¡Ojalá! ¡Yo he sido siempre tan mala lengua! Y si hubiese algo de irreparable, Plese lo vería y los demás lo verían. En fin. ¡Ojalá!”

Carlos se acercó a él y poniéndole cariñosamente la mano en la cabeza, le preguntó la causa de su aburrimiento:

—Nunca te había yo visto así, ¿qué te pasa?

—¿A mí? —repuso Robert con una sonrisa macabra—, nada; el *spleen*.

—¿No será...?

—¿Qué?

—Un misterio, un amor; el deseo de dar un beso a Margarita, por ejemplo.

—¿Un beso? Sí, eso es; algo más que un beso: un mordisco.

—¿De veras?

—Después de todo, ¿a ti qué te importa, puesto que tú no me has de regalar a esa mujer?

Carlos se echó a reír.

Luego dijo a su amigo:

—Espérame un instante en la biblioteca, pues tengo que hablar contigo.

“¿Qué querrá decirme? —pensaba Robert esperando a Carlos—. ¿Sabrá algo? Si tiene dudas y quiere preguntarme lo que yo he visto, se lo diré todo. Al fin y al cabo, por eso no se ha de morir. A los veinticinco años las heridas amorosas cicatrizan pronto y peor para los dos, ¡qué demonio!”

Llorede entró en la biblioteca cinco minutos después de Robert, y desde luego le dijo:

—Tengo un plan.

—¿Un plan? ¿Para qué?

—Para que puedas acostarte con Margot, ¿no quieres acostarte con ella? Pues bien: mañana damos una fiesta, ella se emborracha, tú la acompañas a París en nuestro carruaje y en vez de dar su dirección al cochero, le das la tuya, ¿qué te parece?

—Me parece sencillo como la *Ilíada*. Pero para hacer la *Ilíada* es preciso ser Homero, y para ejecutar con éxito tu plan, es necesario ser un buen mozo como tú. En fin, como nada se pierde.

V

Robert tenía la costumbre de no levantarse nunca antes de las doce; pero aquel día, a las siete, estaba ya despierto sin ningún deseo de volverse a dormir. Comenzó, pues, a vestirse perezosamente, sin saber a punto fijo lo que iba a hacer durante las horas largas y fastidiosas de las mañanas parisienses. “Si estuviésemos en verano —pensó—, me marcharía a Versalles o a San Germán; pero en invierno el campo es horrible. No sé cómo hay gente que vive fuera de las ciudades en este tiempo”. La imagen de Carlos y de Liliana, desterrados por sus propias voluntades en las inmediaciones de París, apareció ante su imaginación y le llenó de tristeza. “Al fin y al cabo —se dijo— son jóvenes; tienen más dinero que yo y viven allá porque se les antoja. ¡Pobres chicos!” Para convencerse de que era imposible salir a la calle, asomose un instante a la ventana y se puso a contemplar, con melancólico mal humor, el espectáculo que la gran ciudad ofrecía en esa mañana de enero.

El cielo estaba gris y glauco. La nieve caía en copos menudos, blanqueando los techos de las casas y dando a

la capital un aspecto de aldea fantástica o de paisaje de ópera cómica, somnoliento y letárgico. En el aire flotaba un escalofrío de Navidad inglesa, una monotonía de cántico de día de los santos, algo que era majestuoso, vago y tierno como los cuadros en que se mueven las figuras de Dickens y las evocaciones de Hoffmann.

Robert trajeábase ante el espejo de su tocador, preguntándose siempre lo que iba a ser de su persona antes del almuerzo. “¿Ir al estudio de Plese? Sí, tal vez eso es lo mejor. Plese habrá leído ya los periódicos de la mañana y tendrá noticias. ¡Qué actividad la de ese muchacho! Por las noches se le ve en todas partes hasta muy tarde, y por la mañana, a las ocho y media está ya en su taller, modelando cabezas de Medusa o figurillas atormentadas a la Baudelaire. ¡Y con talento! Un talento especialísimo, más ideológico que plástico, hecho de quintas esencias, de refinamientos y de rarezas; un verdadero talento moderno. Si, lo mejor es hacer una visita a Plese”.

Antes de ponerse el gabán y el sombrero, Robert se examinó largamente en el espejo. “Para no tener más que cincuenta y tantos años —pensó—, ya comienzo a estar algo viejo. Pero aún soy aceptable, ¡qué demonio! y, además, mi cabellera es siempre abundosa. ¡Nada! Mientras no esté calvo, no renuncio a hacer conquistas o, por lo menos, a tratar de hacerlas. Muchos de mis compañeros que están más viejos y más feos que yo tie-

nen todavía veleidades donjuanescas. Al lado de Sarcey y de Rochefort casi soy un Adonis y un pollo. ¡Un pollo algo feo! Feo, pero simpático; ¿no te parece, Margot?”

Robert se burlaba de su propia figura y de sus más íntimos defectos, diciéndose a sí mismo y diciendo a los demás lo que la hipocresía personal acostumbra, en general, ocultar cuidadosamente. Por eso le llamaban cínico y por eso se creía él más franco que los demás.

Al entrar en casa de Plese, una criada le dijo que “el señorito” estaba aún en el lecho.

—No importa —repuso el periodista—, voy a despertarle enseguida.

—Es que...

—Nada, nada: yo pertenezco a la policía secreta para mí no hay misterios.

Y diciendo y haciendo, penetró en la alcoba de su amigo con el bastón levantado en actitud amenazadora:

—¡Arriba, perezoso, hombre que puede dormir con la conciencia intranquila, arriba! ¡Y qué olor tan terrible el que hay aquí! ¡Almizcle a dos pesetas el litro y mujer a dos duros la noche! ¡Arriba!

Al oír las palabras truculentas del periodista, Plese se despertó sobresaltado y entreabrió las cortinas de la cama. A su lado, una muchacha, robusta y fresca, frotábase los ojos con las manos preguntando *quién era aquel loco*.

—Es mi padre —díjole en voz baja el escultor.

—¿Tú qué?...

—¡Mi padre, chica, mi padre; estamos perdidos!

Ella sonreía con una sonrisa amodorrada e incrédula.

—¡Sí, señora! —exclamó Robert, en voz muy alta—. Yo tengo la desgracia de haber engendrado a este caballero que deshonra mis canas y ahonda mis arrugas, echándose, como un loco, entre los brazos de la primera condesa que le hace la corte, ¡Se lo juro a usted, señora!

La rolliza muchacha, ya del todo despierta, con el pecho redondo y poderoso fuera de las sábanas, miró al periodista; miró en seguida al escultor, y soltando una carcajada que dejó ver sus dientes blancos y cuadrados, dijo a su compañero de lecho:

—¿Tú padre? ¡Pero si es más joven que tú, hombre!

—Y más bello, ¿no es cierto?

Robert seguía bromeando, pero su vanidad sentíase halagada por la frase de la desconocida. Un sentimiento muy hondo llenaba de orgullosa alegría todo su corazón.

Plese echó de ver la dicha pasajera de su amigo, cuando éste se acercó al lecho llevando en las manos las prendas de vestir de la chica, para que ella no tuviese

necesidad de molestarse yéndolas a buscar al otro extremo de la estancia y, sobre todo, cuando, más tarde, les invitó a almorzar a ambos.

—¿Aceptas tú, Plese?

—Con mucho gusto.

—¿Y tú, duquesa?

Ella también aceptó con verdadero placer, segura de que “ese tipo elegante” los llevaría a un restaurante del bulevar (a un restaurant chic, pensaba la pobre).

Durante el almuerzo, Robert mostrose tan satisfecho como alegre, haciendo bromas a propósito de todo, elogiando la fresca hermosura de su invitada y dando consejos artísticos a su amigo. Luego, en cuanto la chica se hubo marchado, y ya en la intimidad casi desierta de una sala de redacción, habló a Plese de sus proyectos y de los planes de Carlos.

—¿No lo ves? —decía el pobre satírico—, yo suelo experimentar deseos violentos, como los de todo el mundo. El demonio de Margot me tiene medio loco, pero no creas que estoy enamorado de ella, ni mucho menos. ¿Quererla? ¡Pues no faltaba más! Al contrario, la detesto con toda el alma y su frialdad me repugna. Pero la necesito físicamente; quiero estrecharla entre los brazos, quiero morderla, quiero estrujarla toda una noche. Al día siguiente me burlaré de ella como de una corbata usada o de una copa vacía.

—Ten cuidado —respondióle Plese—, porque en muchas ocasiones la sed, en vez de calmarse, se agrava. Así, por ejemplo, yo creí que una vez que hubiera dormido con Gabriela...

—Tú eres un niño —terminó Robert—. Ya verás.

VI

Ya verás!”

Plese “había visto”, en efecto. Había visto a su pobre amigo, en el banquete preparado por Carlos, sentándose junto a Margot y cortejándola humildemente, como un vulgar mendigo de caricias. Le había visto gozoso cuando ella se mostraba alegre y grave cuando ella se mostraba triste. Le había visto, en fin, marchándose muy tarde para acompañarla, sin duda, hasta su puerta.

Porque el escultor conocía a fondo a todas sus amigas y estaba seguro de que Robert no era, ni con mucho, hombre capaz de conquistar a la chiquilla viciosa y calculadora, cuyo singular amor propio consistía en encender ardientes deseos para no satisfacerlos nunca.

Acordábase Plese de la historia lamentable de un joven pintor italiano, cuya pasión por Margarita había-se hecho popular entre los artistas de Montmartre tres años antes. Todas las noches el pintor y Margot se paseaban juntos por los cafés artísticos de París, dándose

el brazo como dos novios. Él iba poniéndose cada día más flaco. Una mañana, Plese se encontró con ambos en una calle desierta de la Montaña Sagrada, y los felicitó por haberse levantado tan temprano. “¡Levantarnos! —exclamó ella escandalizada—. ¿Acaso nos acosamos juntos nunca?” Y él agregó con trágico acento: “¡Nunca!”. Algunos meses más tarde, la misma chica había contado en una taberna de bohemios, con la más desdeñosa indiferencia, que “su enamorado” acababa de suicidarse por ella.

Plese recordó las palabras de Margot: “Es un necio, se ha matado porque no le quise amar. ¡Como si yo fuera una mujer capaz de amar a un hombre!”.

Y repitiéndose esa confesión ingenua y cínica, el escultor tuvo miedo de que su amigo, el sutil ironista, pereciese también a causa de aquella morena más menuda que una canéfora de Tanagra y más terrible que una hetaira de la decadencia. “¡Pobre Robert! —se dijo— ¡Pobre! Realmente”.

Desde la noche en que, obedeciendo a la voluntad de Carlos, había tratado de dormir con Margot, el terrible y desengañado periodista convirtióse en adorador apasionado de la mujer que antes sólo le inspirara deseos voluptuosos y repugnancias sentimentales.

Al salir de casa de la Muñeca para acompañar a la chiquilla, su alma era aún un alma fuerte. Al llegar a

Montmartre, después de haberse embriagado con el perfume de los negros cabellos y de haber acariciado, en el fondo del carruaje, las formas diminutas y redondas, su voluntad había menguado ya y su corazón no era sino un pobre corazón de poeta adolescente.

—¿En dónde vives tú, Margot?

—En Montmartre.

—Yo también.

—Entonces, te dejaré en tu casa.

—No, déjame en el café de Atenas, si no quieres venir conmigo. Es alegre, ¿sabes?

—¡Ah!

—Sí, muy alegre...

Y él, que pensaba dar su dirección al cochero, había dado las señas de ese café y había entrado en él con su compañera, y allí había pasado toda la noche oyendo canciones imbéciles y tomando copas de champaña, hasta que, por la mañana, cuando la luz del día comenzó ya a revelar las arrugas de las mujeres que reían a su lado, Margot le dijo:

—Acompáñame.

—¿A dónde?

—A casa.

Y una vez en la puerta de su vivienda, Margarita le había dado un beso, diciéndole que se marchase y que volviera a buscarla, para almorzar, al día siguiente.

—¿Volver? —decía Robert al acostarse—. ¡Pues no faltaba más!

Pero había vuelto al día siguiente y los otros días, siempre muy temprano; y por la noche la había acompañado de nuevo hasta la puerta de su casa, sin atreverse nunca a dar al cochero las señas de la suya propia.

Carlos, que estaba al corriente de todo, decía a su amigo:

—¡Eres muy tonto, chico, muy tonto! A estas mujeres es necesario violarlas o comprarlas. ¿Tú no la quieres comprar? Está bien, pero, entonces, vióla o déjala tranquila.

—¿Qué sabes tú? Yo lo haré todo a mi manera.

Las respuestas de Robert eran tan autoritarias que nadie volvió a hablarle del asunto, hasta que, algunos meses más tarde, él mismo contó su triste aventura en casa de Carlos, ante Liliana y Rimal:

—La del Campo —dijo— se ha burlado de mí más y mejor que nadie en el mundo. ¡Demonio con la niña! ¡Si la hubieran visto ustedes haciéndome mimos; asegurándome que nadie le era más simpático que yo, dejándose acariciar las manos; “encendiéndome”, en fin, con un arte refinado y cruel que sólo las malas mujeres poseen! Todos los días figurábame que era llegado el momento de hablar con seriedad; todas las mañanas jurábame que esa noche... Y luego, al salir del café, un

nuevo fiasco: un beso ligero, un “hasta mañana”, una sonrisa, y yo, ante la puerta ya cerrada, avergonzado, escuchando el ruido de sus pasos en la escalera. Más de una vez tuve celos de todo, pero ella se reía tan francamente de mis cavilaciones, que un momento después de habérselas dado a conocer, sentía vergüenza de mis ideas. “¿Querer a otro? ¡Pues no faltaba más!” Ella no quería a nadie. Ella no quería más que a la Muñeca como a una hermana y a mí como a su mejor amigo. Pero yo la quería de otra manera. “Ya veremos —suspiraba ella—; ya veremos, más tarde. Dios sabe, quizá”. ¡Que se la lleve el diablo! Ayer, cuando en un ultimátum apasionado le dije que o venía a acostarse conmigo o toda nuestra amistad se acababa, me respondió, riendo a carcajadas: “¿Dormir contigo? ¡Estás chiflado! Yo, que no he querido entregarme a una multitud de chicos que me gustan de veras, menos me he de dar a ti. ¡Ah, no! Y me volvió la espalda y me dejó plantado en el café, sin decirme siquiera ‘buenas noches’ ¡Demonio de mujercita! Pero más vale así, porque algunos meses más de esta existencia de sed nunca saciada y de apetito nunca colmado, me habrían conducido a la locura o a la imbecilidad. ¡San se acabó!”.

Cuando Robert hubo narrado así la leyenda de su fatal idilio, Carlos y Rimal, que conocían el fondo doliente y fogoso de su alma, pusieron tristes. Liliana,

en cambio, mostrose satisfecha, y dijo, sonriendo con orgullosa discreción:

—¡Un diablillo la tal Margot, no hay duda, pero es tan simpática, tan simpática!

VII

En la casita de las inmediaciones de París, que Lilia-
na había alquilado con objeto de hacerse un nido
tibio y discreto, las risas cristalinas, las alegres cancio-
nes y los besos juveniles resonaban ya con menos fre-
cuencia que en los primeros tiempos.

Aparentemente la Muñeca era siempre la misma, pe-
ro en el fondo iba operándose en ella un cambio que
Carlos no sabía a qué causas atribuir. Las palabras que an-
tes la hubieran chocado, parecían ahora gustarle; su ner-
vosidad, casi morbosa, exaltábase cada vez más; su humor
variaba con una facilidad y con una frecuencia verdade-
ramente inquietantes.

“¿Qué tendrá la pobrecilla? —preguntábase an-
gustioso Llorede—. Ya no es tan alegre como antes”.
Y para tratar de devolverle su antigua alegría ingenua,
mostrábase más rendido que nunca, redoblando sus ca-
ricias y sus galantes mimos:

—¿Me quieres, Lili?

—Te quiero mucho, Carlos.

—¿Con todo tu corazón?

—Con todo mi corazón...

Las palabras eran idénticas y también eran idénticos los juramentos, las preguntas, las promesas:

—¿Serás mía toda la vida?

—Toda la vida. ¿Y tú?...

—¡Toda la vida!

Siempre fogosa y mimosa, Liliana recorría, entre los brazos de su amante, el camino que del deseo lleva al espasmo, con un ardor agonizante; pero, abandonándose menos y exigiendo más, hubiérase dicho que ya no consideraba a Carlos como un compañero de placer, sino como a un esclavo encargado de proporcionarle sensaciones fuertes y raras. A veces Llorede parecía fatigarse antes que ella en la lucha deliciosa de los sexos.

—¿De veras?

—Sí, de veras. ¡Estoy muerto!

Y Liliana, no obstante, exigía esfuerzos sobrehumanos para satisfacer su propio apetito aún no saciado. Otras veces, por el contrario, ella experimentaba un cansancio definitivo antes que él, y entonces sus labios inclementes no ofrecían a los labios enloquecidos de Carlos sino la fría resignación de los besos pasivos.

Llorede preguntábase sin cesar: “¿Qué tendrá mi mujercita? Hace un año, su único amigo era yo, y ella no vivía sino para mí. Ahora sus tristezas son tan frecuentes como sus caprichos, y en ocasiones parece que

mis caricias la impacientan y que mi presencia la llena de inquietud. ¿Estará celosa? No. ¿Por qué? ¿De quién? Las mujeres que vienen a vernos no me han inspirado nunca sino un sentimiento de amistad. Margot es la única que, de cuando en cuando, me da un beso y se sienta a mi lado. Pero Margot es su amiga íntima, su hermanita, como ella dice, su eterna compañera”.

El pobre enamorado recordaba ciertas escenas. Un día, al penetrar de improviso en la alcoba, encontró a su querida y a su amiga medio desnudas. “Estamos probándonos un traje nuevo —hábilé dicho Liliana—; déjanos solas”. Otro día las dos mujeres reían, en el salón, cantando canciones sentimentales. Carlos quiso tomar parte en la alegría infantil de su amada, pero al verle llegar, Margarita había exclamado, con su acento atrevido: “¡Aquí no entran los hombres!”

“¿Qué tendrá mi mujercita?”

Robert le reveló, al fin, en un momento de franca cólera, lo que tenía su mujercita.

—¡Pero eso es horrible! —gritó Llorede—. ¡Eso no puede ser! ¡Tú te equivocas!

—No —repuso Robert—, no me equivoco. La Muñeca ya no te quiere, o por lo menos, ya no te quiere como antes. Tú mismo lo hubieras comprendido si no estuvieses ciego cual todos los enamorados. ¿Necesitas las “pruebas” que reclaman a voces los maridos sin

fortuna en los dramas de Scribe? Pues te daré pruebas, chico; tu querida recibe cartas de Margot y seguramente no las quema, porque las mujeres no destruyen jamás los billetes que pueden comprometerlas. Busca esas cartas si necesitas pruebas. Margarita es un monstruo.

—Hablas así por despecho.

—¡Tal vez! Yo mismo no lo sé. Pero, en todo caso, te digo la verdad: Margot es un monstruo y tu querida es una histérica.

—¡Robert...!

—No te enfades. Entre nosotros la hipocresía es una pura necedad. Tú conoces mejor que yo el carácter nervioso, impresionable y enfermizo de la Muñeca; tú mismo me has dicho en más de una ocasión que la creías capaz de todo, a causa de su temperamento desequilibrado. Yo también la creo capaz de todo, y a veces sus ojos de lujuria, esos ojos cuya mirada vivía devorando tu cuerpo, inspirábanme vagos y penetrantes temores por ti. Yo la creo capaz de todo, de la castidad más completa, del vicio más estupendo, de todo, en fin, porque sé que su alma es voluntariosa y sensual. Al fin y al cabo, si te separas de ella, mejor para ti. A tu edad esas heridas se curan. Y estando solo trabajarás, harás algo. En la vida es necesario tener valor.

Carlos no escuchaba ya las palabras de su amigo. Recostado en una butaca, con un cigarrillo entre los

labios y aparentemente tranquilo, parecía aletargado. Sus pupilas, dilatadas e inmóviles, acariciaban, sin cólera visible, una imagen lejana. Con la imaginación veía a Liliana de mil maneras: la veía en su lecho, los rubios cabellos sueltos alrededor del cuello desnudo; la veía de pie en medio de sus amigos, sonriente y alegre; la veía grave, la veía colérica, la veía triste. Luego la veía al lado de Margot, en el sofá diminuto del Círculo de los intransigentes; la veía con Margot en la intimidad de su *boudoir*; la veía con Margot por todas partes, corriendo como una chiquilla, enterneciéndose como una hermana, besándola como un amante. ¡Liliana...! ¡Margot...! ¿Sería posible? En su visión, los dos rostros juveniles confundíanse, y los rasgos menudos y atrevidos de la una se mezclaban con las perfectas facciones de la otra en una fantástica imagen de ensueño.

Robert seguía hablando:

—Los hombres como nosotros no debieran enamorarse nunca de las mujeres que, al sentirse libres, creen que deben conocerlo todo, y que nos encuentran fastidiosos en cuanto ya no poseemos ningún placer oculto que revelarles. Esas mujeres tienen alma de prostitutas. Ya sé yo que para ti el alma de las cortesanas es un alma como las demás almas, buena y mala, cobarde y heroica, una pobre alma humana, en fin, igual a la de todo el mundo, multiforme y lamentable. Pero

eso es literatura, hijo mío. En la vida real, tales almas son fatales, porque nos atormentan con sus fantasías de vorágines. Está bien que despreciemos a las burguesas cuando hablamos de ellas en el café. ¡Oh, la innoble raza de las burguesas, el cocido diario, las patatas del amor, las camisas sin encaje, los besos sin sangre, la vulgaridad y etcétera! Sí, perfectamente. Sólo que para vivir no hay nada superior a esas pobres burguesas que paren y que no saben volvernos locos con sus senos prematuramente marchitos. Tú estás en condiciones envidiables para casarte, chico. Y luego, ¡qué demonio!, ya encontrarás oportunidades, de cuando en cuando, para ponerle cuernos complicados a tu mujer, que te querrá mucho. El concubinato es odioso. Es necesario volver a tus crónicas, a tus cafés, a tus teatros. Las Lilianas y las Margots son buenas para una noche, pero no para toda la vida. Lo que te sucede ahora, tenía que sucederte algún día, porque supongo que tú no te figuraste nunca que vuestro amor iba a durar eternamente.

VIII

Al volver a su nido, después de oír las revelaciones de Robert, Carlos encontró a Liliana sentada en un inmenso canapé de la biblioteca, entre Plese y Margot.

—El amo llega hoy tarde —dijo el escultor al verle entrar.

Y después de una pausa, agregó en voz alta:

—Más vale así, porque si hubiera venido temprano, no habríamos podido hablar con libertad.

—¿Era muy serio lo que decían ustedes? —preguntó Llorede tratando de parecer amable y tranquilo.

—¡Ya lo creo que era serio! —repuso Margarita—. Como que la Muñeca se quejaba de la conducta que observas desde hace algún tiempo. Según parece, te pasas la vida fuera de casa, ¡y Dios sabe en dónde!

Esas palabras tranquilizaron momentáneamente el espíritu de Carlos, haciéndole suponer que si su querida se quejaba de él era porque le amaba, y que Robert podía muy bien haber acusado a Liliana con objeto de vengarse de Margarita del Campo.

Una exquisita tristeza invadió entonces su alma. “Los hombres son todos iguales —pensó—, y basta con un indicio cualquiera, por insignificante que sea, para hacerles suponer las más inverosímiles infamias. Robert es un buen amigo, pero su carácter violento y alocado le lleva con frecuencia a cometer injusticias atroces. Lo que me ha dicho hoy no tiene ni aun visos de verdad. ¿Mi mujercita engañándome con su amiga, entregándose a perversidades contrarias a su naturaleza, convirtiéndose en una viciosa de la decadencia griega? ¡En verdad que está loco mi pobre amigo! ¡Si me hubiera dicho que Lili dormía con Plese o con Rimal! ¡Pero con Margot! ¡Qué bárbaro! ¡Y todo porque Margot le mandó a paseo, burlándose de él! A menos que haya sido una broma..., muy pesada ¡Y mientras yo le oía pacientemente, aquí todo el mundo pensaba en mí!”

A pesar de esos discursos que él mismo se hacía mentalmente para tranquilizarse, Carlos experimentaba, sin darse cuenta de ello, una turbación íntima y una congoja nunca antes sentida. En el fondo de su alma la duda iba echando raíces, y la imagen de Margot y de su querida confundíanse en su visión formando un grupo obsesionante y obsceno.

Desde que Robert le dijo lo que a él se le figuraba ser la verdad, hasta la hora de cenar Carlos vivió toda una existencia de crueles tormentos. Y así, cuando

Plese le preguntó, en medio de la comida, lo que había hecho en el día, Llorede tuvo la sensación de haber existido durante varios años desde que por la mañana saliera de su casa para ir a visitar a Robert.

La Muñeca y su amiga discutían, con verdadero entusiasmo, a propósito de las modas nuevas.

Carlos no ponía gran atención en lo que las dos mujeres se decían. Ocupado en dar vueltas en el fondo de su cerebro a las ideas que le atormentaban, cultivando sus propias preocupaciones secretas, sólo contestaba con sonrisas forzadas y con frases indiferentes a las preguntas que le dirigían. De vez en cuando, sin embargo, una palabra suelta, un “querido diablillo” dirigido por Liliana a su amiga, un “¡tontita!” lanzado por Margot a la Muñeca, sacábanle de su cruel ensimismamiento para producirle un escalofrío nervioso. “¿Sería cierto? De que se querían mucho no había duda. ¿Pero quererse con los sentidos, acostarse juntas, engañarle? No, no. ¡Pero entonces!”

De pronto Plese se fijó en la extrema palidez y en las profundas ojeras que daban aquella noche a su amigo un aspecto de convaleciente, y con aire malicioso, dijo:

—El pobre Carlos no puede ocultar sus exquisitas fatigas. Hoy nos cuenta, con el rostro ojeroso, la historia de su idilio.

—¡Ah! —exclamó Margot irónicamente—. ¡Ah!

Y Liliana, muy tranquila, repuso:

—Si está fatigado es porque se fatiga fuera de casa, pues nuestras noches no tienen, en verdad, nada de terribles.

Llorede se mordió los labios, colérico y humillado. Luego, para no dar margen a nuevas impertinencias, habló de París, de los asuntos del día, de la sesión de la Cámara de Diputados, en la cual los socialistas y los conservadores habíanse atacado a puñetazos; habló de Gabriel D'Annunzio, a quien había conocido la víspera en un café del boulevard; habló de la soberbia actitud política de Émile Zola; habló de todo, en fin; hizo chistes, dio su opinión sobre los últimos acontecimientos literarios, contó anécdotas picantes, y hasta el fin de la comida fue, entre todos, el más animado y el más elocuente.

IX

Después de haber pasado la noche en vela, preguntándose siempre si aquello sería verdad, examinando todas las circunstancias de su vida amorosa, recordando la expresión de las miradas de Margarita y de las sonrisas de sus amigos, oyendo la respiración de Liliana; razonando consigo mismo, sufriendo, en fin, el más horrible de los tormentos sentimentales, Carlos se levantó con el día.

Cuando comenzaba a vestirse, su querida entreabrió los ojos y le preguntó si tenía intenciones de salir tan temprano.

—Sí —repuso Llorede—, un instante; volveré antes de que tú estés vestida.

Sin decir una palabra más, ella volvió a dormirse, mientras él pensaba nostálgicamente en otras madrugadas análogas, en las cuales su Muñeca había parecido inquieta al verle saltar del lecho. “Sin duda —se dijo—, esta mujer ya no es la misma; ya no me quiere como antes. Pero, aun no queriéndome, puede serme fiel. Y, sobre todo, ¡es tan inverosímil lo que me ha dicho Robert!”

En la exaltación de su dolor, Carlos llegó a resignarse a no ser amado, con tal de no haber sido engañado. Su orgullo inconsciente aceptó la perspectiva de la separación, del olvido, del sacrificio de su propio amor; mas no el sacrificio de su amor propio. Con mucha tranquilidad decía a sí mismo: “¡Ya no me quiere, se acabó!”. Pero al decirse: “¡Prefiere a otro, a otra; me engaña!”, no podía menos que experimentar un padecimiento casi material que le oprimía el pecho, haciéndole un nudo misterioso en la garganta.

Ya vestido, entró en la biblioteca; quiso leer para “huir a sí mismo”, buscó un libro, e instintivamente se dirigió al estante en el cual la Muñeca tenía sus obras predilectas: *La tentación*, de Flaubert; *Thaïs*, de Anatole France; *El triunfo de la muerte*, de D’Annunzio; *Afrodita*, de Pierre Louÿs; *Sonyeuse*, de Lorrain; las novelas de Goncourt, de Maizeroy, de Catulle Mendès, de Daudet. “¡No, no! ¡Todo eso es inmoral, todo eso es disolvente; eso es lo que ha pervertido a Liliana, no, no!”. Y las escenas de tales libros, los besos de Crisis, el orgullo de Thaïs, los consejos de D’Annunzio, la libertad de Sapho, todas las descripciones pasionales que él mismo había considerado como puras obras maestras dignas de ser leídas por el mundo entero, sólo parecíanle ahora dignas del fuego de la Inquisición, por haber contribuido a formar el alma libre, sensual

y caprichosa de la Muñeca. Al fin tomó un volumen encuadernado en terciopelo rosa, y, sin ver el título, lo abrió y comenzó a leerlo. Era un diálogo (“¿de Gyp? ¿De Lavedan?”). Thaïs aconsejaba a su amiga que no llorase la pérdida de su amante, “porque un amante puede reemplazarse en el acto con otro amante, y ningún hombre joven y hermoso vale más que otro hombre hermoso y joven”. “¡Excelentes ideas!”, murmuró colérico Llorede, leyendo el título: *Diálogos de las cortesanas*, de Luciano. Luego tomó otro libro más voluminoso y de aspecto más serio, cuya cubierta no ostentaba rótulo ninguno; lo abrió y vio en la primera página el siguiente título: *Justina*, por el marqués de Sade. “¡Bonitas novelas lee esta mujer!”. Iba a buscar otra obra cuando Alina penetró en la biblioteca llevando las cartas que el correo acababa de traer y que eran todas para él. Al reconocer en el sobre de una de ellas la letra de Robert, abrióla ansiosamente con una vaga esperanza de excusas ideales.

Querido Carlos:

Te escribo a casa de Liliana sin saber a punto fijo si aun vives allí. Te escribo para confirmarte todo (todo, hijo mío), todo lo que te dije esta mañana. Yo creo que es cierto: que tu querida y la que no quiso ser mi querida, acuéstanse juntas. ¡Lo creo firmemente! Sin embargo,

te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, que no digas una palabra (si aún no la has dicho) antes de buscar una prueba. Cuando te marchaste casi sin saludarme, me arrepentí de haber sido franco; mas a medida que pienso en tu situación, me convenzo mejor de que hice bien. Cuenta conmigo para todo, en todo caso, toda la vida, y perdóname si te he hecho mucho daño. Ven en cuanto puedas a darme un abrazo o, mejor dicho, a recibir los que yo quiero darte.

Tu Robert

El primer impulso de Llorede fue llamar a un criado y mandar buscar un carruaje, con objeto de ir a París, a casa de su amigo. No lo hizo empero porque tuvo miedo de leer en el rostro de los servidores de Liliana una revelación irónica e insultante. Se quedó quieto en la biblioteca, hojeando libros, leyendo de nuevo, de vez en cuando, algunas frases de la carta que había recibido, dejando que la lucha formidable de sus dudas siguiese atormentándole interiormente. “¿Será posible? ¿Será posible?”

Al fin tomó una determinación definitiva: hablar francamente a Liliana del asunto. “En cuanto se levante —pensó—, le digo mis penas y mis suposiciones”. Pero no lo hizo; no se atrevió a hacerlo. Almorzó al lado de su querida, le dirigió mil interrogaciones que no tenían

que ver nada con su idea fija; le habló de Robert, de Rimal, de Plese; le habló de política y de literatura; le habló de todo y no le habló de nada.

“Soy un niño —díjose al salir del comedor—, no le he explicado las razones de mi frialdad y de mi mal humor. Enseguida lo haré”. Mas tampoco lo hizo enseguida.

Al fin, a eso de las cinco de la tarde, cuando Alina principiaba a encender las lámparas, Carlos dijo con una frialdad temblorosa a su amiga:

—Lee eso —y al mismo tiempo le entregó la carta que había recibido por la mañana.

La Muñeca comenzó a leer con indiferencia, enseguida leyó con atención, luego leyó en alta voz sonriendo las últimas frases acusadoras: “Cuando te marchaste casi sin saludarme, me arrepentí de haber sido franco; mas a medida que pienso en tu situación, me convenzo mejor de que hice bien”. Al fin, una carcajada sarcástica brotó de los labios de Liliana.

Carlos permanecía ante ella de pie, como petrificado.

Después de mirarle en silencio con sus grandes ojos catalépticos, la marquesa exclamó enérgicamente:

—Bueno, ¿y qué?

—Nada..., que necesito que me digas si es cierto lo que Robert asegura con tanta insistencia.

—¿Y qué es lo que asegura? Yo no veo que asegure nada.

—Sí, Lili, sí; asegura que tú y Margot...

—¿Qué? —interrumpió ella, colérica.

Haciendo un esfuerzo, Carlos prosiguió:

—Os acostáis juntas y os burláis de mí. ¿Es cierto? Dime la verdad, Lili. Mi Lili, dime la verdad.

—Eso no merece respuesta ninguna.

—Sí, es necesario. Te exijo una respuesta, una prueba, algo que me tranquilice o que me confunda. ¡Necesito saber lo que has hecho! ¡Te lo ordeno!

—¿Me lo qué?

—¡Te lo ordeno! ¡Te lo ruego! ¡Lo imploro!

—Pues bien: no tengo nada que decirte. Yo soy libre. Puedo hacer lo que quiero. Nadie debe ordenarme nada. ¿Darte cuenta de mis acciones? ¡Pues no faltaba más! Lo único que te digo es que quiero a Margot tanto como a ti y que, si eso te incomoda, puedes abandonarme.

—Entonces...

—Entonces lo que se te antoje. Y después de todo, hace mucho tiempo que hubieras debido comprender que ya nuestro amor estaba muerto.

Con una tranquilidad súbita, Carlos repuso:

—Muerto... Muy bien. Me marcharé ahora mismo para dejarte sumida en tu fango.

—¡Ah! —rugió Liliana—. ¿Mi fango? Pues hace algunos días te parecía muy agradable mi fango. Y, después de todo, si quieres quedarte aquí, me marcharé yo misma. Te regalo los muebles, mira, y la casa también, si la quieres. ¡El fango! ¿No quieres la casa?, ¡mi fango!

X

Con una serenidad que nadie le habría creído capaz en semejante situación, Carlos salió, para siempre, de su nido, tarareando una canción a la moda:

¡Montmartre es la mitad del mundo
Y París es la otra mitad!

En la puerta encendió un cigarrillo. Algunos pasos más adelante detúvose para comprar los periódicos del día. Luego echó a andar hacia el bosque de Bolonia, cuyos árboles sin hojas erguían sus ramas amarillas en la oscuridad friolenta de esa tarde invernal. ¡Anduvo, anduvo, anduvo! Atravesó los senderos desiertos que van a la cascada; pasó frente a los cafés de la alameda de las Acacias; bordeó los lagos. Anduvo durante varias horas sin pensar en nada, sin sufrir, sin atormentarse interiormente, gozando de una manera mecánica del aire, de los perfumes campestres, de las músicas lejanas, moviéndose como un autómata, en fin, y no sabiendo a punto fijo de dónde venía ni a dónde iba..., anduvo, anduvo...

De pronto un relámpago de cólera pasó por su cerebro. “¡Miserable!”, dijo en voz alta, pensando no en la mujer que le había engañado, sino en el amigo que tuvo la franqueza brutal de abrirle los ojos a la realidad.

Ya cerca de París, al contemplar en el horizonte las filas interminables de farolas encendidas que corren desde la puerta Maillot hasta el Arco del Triunfo, y que luego se esparcen, a lo lejos, en un aleteo luminoso de puntos dorados, al verse cerca de esa gran ciudad gris, ruidosa, febril; al pensar en la tristeza de su porvenir; no pudo contener las lágrimas y comenzó a llorar, de pie, en medio de la ruta, como un niño que hubiera perdido a su madre y que no supiese a dónde ir.

Realmente, no sabía a dónde ir. Lo había perdido todo, había perdido la paz del alma, la tranquilidad del espíritu, la dicha. ¿La dicha? ¿Si no fuera más que eso! Había perdido el único objeto de su existencia y el único ideal de su vida. ¿Qué iba a ser de él en adelante? Ni aun preguntárselo a sí mismo se atrevía. ¡El futuro! ¿Acaso existe el futuro en esos casos? Lo que le martirizaba era el presente con su realidad solitaria y su recuerdo del pasado venturoso.

Porque Carlos había olvidado por completo las dudas, los celos y los tormentos de la víspera, para no recordar sino la época paradisíaca durante la cual su vida había sido un idilio perpetuo, un abrazo sin fin,

una interminable caricia, una embriaguez perenne de los sentidos y un eterno embeleso del alma. ¡Oh! ¡Aquellos días! ¡Aquellos días en que todo sonaba a sus oídos como un divino epitalamio, en que el sol no parecía brillar sino para dar más esplendor a la cabellera de Lilliana, en que el aire parecía traer, en sus alas, besos, suspiros, alientos tibios! Y viviendo de nuevo, con la imaginación, todo su pasado adorable, Carlos sentíase sin fuerzas para soportar el aislamiento. Y de sus párpados las lágrimas resbalaban, abundantemente, bañando su rostro crispado y lívido.

“¿A dónde ir?” No lo sabía. “¿A dónde ir? ¿A qué?” Su vida no tenía ya objeto ninguno.

Una chiquilla friolenta y enfermiza se acercó y le pidió, “por el amor de Dios, una limosnita”. Instintivamente y sin volver siquiera hacia ella los ojos llorosos, Llorede sacose del bolsillo una moneda y se la dio. Un instante después, la chiquilla volvió sofocada diciendo:

—¡Caballero! ¡Caballero!

—¿Qué quieres?

—Que se ha equivocado usted, caballero, y que me ha dado una pieza de oro.

Este rasgo hizo sonreír al amante sin fortuna.

—Guárdala, niña, es para ti.

Y luego, dándole otra moneda de cuatro duros:

Esta también es para ti, toma.

La niña harapienta se echó a los pies de su protector y le besó las manos con un entusiasmo que tenía algo de hambriento.

Esa escena, desgarradora en su rápida simplicidad, consoló momentáneamente a Carlos, haciéndole ver que no sólo él era desgraciado en el mundo. “¡Dios sabe! —exclamó dirigiéndose con una solemnidad macabra a un árbol— tal vez el porvenir me reserva el goce de dejar de sufrir, que para mí es más necesario que el goce de gozar”. Enseguida notó que Baudelaire había dicho aquello antes que él, y su plagio involuntario le obligó a pensar, por una literaria asociación de ideas, imposible de analizarse, en sus amigos, en los cafés artísticos, en las borracheras de vino, de luz y de carcajadas que habían constituido su vida en otro tiempo.

Al llegar a la puerta de Neuilly, tomó un coche y se hizo llevar a una taberna de Montmartre, en la cual comían algunos literatos con sus queridas, y dos o tres pintores con sus modelos.

—Allí —pensó—, al menos, no estaré solo.

Al volver a su “casa de soltero”, después de las cuatro de la madrugada, habiendo ya apurado muchas copas de champaña, y habiendo, sobre todo, dicho muchísimas tonterías, acostose en un diván, cantando estribillos estúpidamente obscenos.

Y sin quitarse la ropa, se quedó dormido.

XI

Al romper, con una violencia imprevista, los lazos sentimentales que la unían a Carlos de Llorede, Liliana experimentó de nuevo la sensación complicada de libertad dichosa y de cruel melancolía que la muerte de su marido había le producido algún tiempo antes.

Su alma se sentía libre, completamente libre, y el horizonte se ensanchaba ante ella permitiéndole respirar a su antojo: “¡La independencia!”. Pero al mismo tiempo una vaga congoja oprimía su pecho, llenando de amargura todas las esperanzas de vida libre que su deseo acariciaba.

Por otra parte, su independencia no era completa, puesto que Margot seguía siendo para ella la compañera tiránica y hábil que, sin exigir nada, sin ordenar nunca, pareciendo siempre dispuesta a someterse, impedía usar en absoluto de la libertad y entregarse a sus propias curiosidades vertiginosas.

Haciendo a veces un esfuerzo, la Muñeca trataba de probarse a sí misma que ninguna voluntad podía oponerse a la suya y, creyendo ejercer un acto enérgico,

marchábase a París sin esperar a su amiga, y regresaba luego muy tarde, dispuesta a no dar explicaciones de ningún género en caso de que Margot la interrogara sobre sus largos paseos solitarios.

Pero Margot era bastante inteligente para comprender el peligro que las exigencias hubieran hecho correr en ciertos casos a su amistad, y así, en vez de enfadarse a causa de los caprichos de la marquesa, hacía la indiferente y se mostraba siempre satisfecha.

—La señora ha salido sin decir a qué hora volverá —decíale Alina.

Y ella contestaba sonriendo:

—Está bien. La esperaré un instante en la biblioteca.

Al encontrarse sola, Margarita continuaba sonriendo, no ya con la sonrisa casi infantil que sus labios tenían ante los demás, sino de un modo irónico y orgulloso. Mentalmente decía: “Hay algo que cambia en el corazón y en el cerebro de Liliana. Ella cree que ha hecho un acto heroico al separarse de su amante; cree que ha recobrado su libertad y trata de hacérmelo ver. ¡No importa!”

La marquesa no experimentaba ningún deseo fijo y definido.

Sólo una idea era en ella neta: la voluntad de ser libre y de gozar sin reserva alguna de su libertad. En

cuanto a los medios de realizar su deseo, no los conocía. Su proyecto de vida porvenir semejábese a un vasto plano de futura ciudad, en el cual un ingeniero no hubiese trazado sino el alineamiento general, dejando libre campo a la fantasía y al azar para la construcción de los edificios.

Viva y calculadora, Margarita sabía aprovechar el estado de ánimo de su amiga para conducirla hacia la vida de aventuras frívolas que, rompiendo su energía e inspirándole el cansancio de las caricias masculinas, asegurasen al mismo tiempo el olvido completo de Carlos.

Un día Liliana la preguntó:

—¿Estás contenta de mí?

—Sí, muy contenta, contentísima. ¡Te quiero tanto! —repuso Margot— pero...

—¿Pero qué?

—Pero estoy inquieta.

—¿Inquieta? ¿Y por qué?

—Porque no creo en que vuestra ruptura sea definitiva, y porque estoy segura de que más tarde, dentro de una semana, dentro de un mes, dentro de un año. siempre demasiado pronto para mí, te reconciliarás, y al reconciliarte..., déjame hablar... Al reconciliarte con él, tendrás que renunciar por completo a tu pobre Margot. Yo sé lo que me digo, conociéndote como te co-

nozco y sabiendo que tienes necesidad de un hombre. Yo también tengo necesidad *de eso*, a veces; pero yo no soy una sensitiva como tú, y cuando el deseo de caricias brutales está colmado en mi cuerpo, mi alma queda libre de toda influencia. Verte cada día en los brazos de un hombre distinto no sería para mí tan cruel como verte durante meses y meses al lado del mismo amante. Además, entre Carlos y tú hay un lazo indestructible que os unirá siempre y a pesar de todo.

—¿Un lazo?

—Sí. Carlos ha sido tu iniciador.

—¿Pero si yo había sido casada antes de conocerle!

—No importa. ¿Acaso te he dicho que fue el primero que te dio un beso? Entre el que revela los misterios carnales y el que inicia en la locura del placer, hay una diferencia muy grande. El marido, o el amante, que nos posee antes que nadie, no suele ser el iniciador. La primera caricia no nos deja, por lo general, sino un recuerdo cruel y brumoso, la primera caricia material, digo. Por eso las mujeres engañan tan a menudo a sus esposos. En cambio, el hombre escogido por nosotras mismas, cuando hemos pertenecido a alguien, el que nos ayuda a saborear por primera vez todos los goces, el iniciador, en fin, es inolvidable. Para mí el marido es el “desflorador” y el amante el “iniciador”. Olvidar al marido es fácil. Olvidar al amante es imposible.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Pues es que tengo la idea de haber leído ya todo eso.

Luego prosiguió:

—No sé, tal vez; al fin y al cabo esto lo ha repetido todo el mundo porque es verdad. Si no pudiésemos decir sino cosas que nadie ha escrito, es probable que no diríamos nunca una palabra. Pero eso es verdad, Lili. ¡Ya lo verás! Al fin y al cabo, no es por molestarte por lo que te lo digo, puesto que la víctima de todo seré yo. ¡Yo, que no te podré volver a ver cuando Carlos se reconcilie contigo!

La Muñeca se puso de pie, nerviosa; cogió a su amiga por los brazos, y obligándola bruscamente a levantarse, le dijo:

—Vas a prometerme...

—¡Oh, lo que quieras, Lili, lo que quieras!

—Déjame hablar, mujer. Vas a prometerme que no volverás a pronunciar nunca el nombre de Carlos en mi presencia.

—¿De veras?

—Sí. ¿Me lo prometes?

Margot echó los brazos al cuello de la marquesa, y besándole los ojos, los cabellos, los labios, concluyó:

—Te lo prometo. Te lo juro. Sí, mi rica. La que más

sufre pensando en eso, soy yo, que te quiero tanto, tan.
¡Rica!

A pesar de tal promesa, Liliana y Margarita hablaban con mucha frecuencia de Llorede, a propósito de mil y mil recuerdos inolvidables.

XII

Sentadas ante la mesa de uno de los ruidosos restaurantes parisienses que no cierran sus puertas en toda la noche, Liliana y Margarita acababan de cenar alegremente, hablándose al oído como dos enamoradas, dándose, con ternura, “las más expresivas gracias” con cualquier pretexto; sonriendo siempre al dirigirse la palabra, rozándose con las piernas y estrechándose, de vez en cuando, las manos.

Al lado de ellas, una infinidad de mujeres pintadas y de hombres medio borrachos, bebían, gritaban, acariciábanse, preparaban planes lascivos para ejecutarlos algunas horas después, y discutían en voz alta sobre el precio de un beso o de una noche.

A cada instante veíase entrar una nueva pareja o un nuevo grupo.

La atmósfera ardiente estaba cargada de perfumes fuertes y embriagadores, entre los cuales sobresalía el olor de la carne femenina, de la carne amorosa y limpia, ese olor tan especial y tan variado, suave y acre a la vez, olor de morena, olor de rubia, olor de piel madura

y de piel adolescente; olor de cuerpo frío, de cuerpo vertiginoso; olor de cabelleras y de brazos; moléculas penetrantes de verbena, de cloroformo, de jazmín, de rosas encarnadas, de ámbar gris; esencias misteriosas y emanaciones sin nombre; toda la gama, en fin, de aromas sutiles, de aromas secretos, de aromas alucinantes, que componen el *odor di femina*, y que, flotando en ese espacio reducido, convertían el ambiente en diáfana red de irresistibles sugerencias.

La Muñeca respiraba con voluptuosidad en esa atmósfera cargada, en la cual hasta el humo de sus cigarrillos parecía exhalar un perfume capitoso de plantas orientales.

—¿No te parece raro este restaurante? —le preguntó Margarita, llenando de nuevo su copa de *chartreuse* y de menta verde—. A mí me gusta más que ningún otro.

—A mí también. Todo el mundo parece contento; todo el mundo ríe. Yo me siento más feliz y más libre que nunca, a tu lado. Tú conoces a muchas de estas gentes, ¿no es cierto?

—A muchas no; pero sí conozco a algunas. A esos que están allá, junto a los músicos, sí que les conozco.

—¿Los músicos? ¿En dónde hay músicos?

—Todavía no han principiado a tocar. Es curioso que no principien sino después de las dos de la madru-

gada, ya los verás. Allá, donde están los dos tipos de quienes te hablaba.

—¡Ah, sí! ¿Y quiénes son ellos?

—El moreno es hermano de Sara, la del Teatro Francés; ¿no has oído nunca hablar de ellos? Figúrate que viven juntos.

—¿Él y Sara?

—Sí, los dos, en la misma alcoba. Viven como Caín y su hermana. ¡Y lo extraordinario es que no lo niegan!

—Es curioso. Yo no sé si sería capaz, aun estando enamorada de mi hermano. ¿Y tú?

—Yo tampoco, pero ¿qué sabe uno? ¡Hay tantos ejemplos! Sara me respondió, un día que yo le hablaba de su situación, citando a lord Byron y a otros muchos grandes hombres que han vivido con sus hermanas.

—Sí.

En una mesa contigua a la de Liliana, dos chicos que no parecían tener más de diez y ocho años apuraban a grandes sorbos sendos jarros de cerveza, contemplando con embeleso el espectáculo del vicio que se ofrecía a sus ojos adolescentes. Ambos eran rubios y muy pálidos, con rostros finos y atrevidos, de andróginos lascivos. Las mujeres, al pasar, les acariciaban los cabellos llamándoles “señoritas”, o aconsejándoles que fuesen a acostarse con sus mamás. Ellos levantaban entonces las manos y, con un gesto rápido y simultáneo,

acariciaban el pecho o las piernas de sus interlocutoras, para probarles que ni eran “señoritas”, ni tenían deseos de dormir.

De pronto, uno ellos, el más joven, sacó de la faltriquera un tabaco inmenso, y dirigiéndose a la Muñeca, que seguía fumando, le pidió fuego irónicamente.

Liliana le dio su cigarrillo con una gravedad cómica, diciéndole:

—Tome usted, caballero, y salude en mi nombre a sus hijos.

El chico encendió su puro y devolvió el cigarrillo. Luego, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, repuso:

—No, yo no tengo hijos, porque mis mujeres son incapaces de hacerlos. ¿Y usted, señora, tampoco los tiene?

—Dos, mayores que usted

—¡Oh! ¡No puede ser, señora! Figúrese usted que yo cuento ya diez y siete años cumplidos.

—¿De veras, caballero? ¡En verdad que es usted un hombre maduro!

Margot reía a carcajadas contemplando la gravedad insolente del chico y oyendo las respuestas funambulescas de la Muñeca.

Liliana continuó:

—¿Y viene usted con frecuencia a este restaurante?

—De cuando en cuando, para hacer una conquista, Esta noche, las únicas mujeres que me gustan son usted y su amiga.

—¿Y querría usted conquistarnos a las dos? Para un hombre viejo, como usted, debe de ser difícil contentar a dos mujeres en un mismo día. ¿O tengo acaso el gusto de hablar con el mismísimo caballero de Casanova?

—Deme usted un beso.

—Con mucho gusto; y dos también; pero mejor sería que viniesen, usted y su amiguito, a sentarse al lado nuestro.

Margot, siempre riendo, intervino:

—¡Me parece! En vez de decir tonterías y de hacer el señorón, ven con el otro a tomar una copa, hijo.

Al cabo de un cuarto de hora de charla, sentados ya los cuatro ante la misma mesa, los chicos habían perdido mucho aplomo, comprendiendo que las mujeres que estaban junto a ellos no eran simples *cocotas*.

—¿No me hablas más de tus mujeres incapaces de tener hijos? —decía Liliana al más joven, acariciándole las manos, mientras Margot estrechaba las del otro, preguntándole su nombre.

Los sensuales violines de la orquesta húngara habían comenzado a modular, en el fondo de la sala, sus quejas prolongadas de lascivia, de pereza, de pasión y de espasmo.

—¿Queréis venir todos a casa? —interrogó la Muñeca a eso de las tres de la madrugada.

Los chicos se miraron las caras, indecisos, como consultándose el uno al otro. Al fin uno de ellos dijo a su compañero:

—Si quieres.

Y el otro, enloquecido por las caricias de Margot, que le había echado el brazo al cuello y que, con la punta de la lengua le lamía la oreja, repuso que sí.

—¡Oh, sí! —(tímidamente).

XIII

En la sala de billar del Círculo de los intransigentes, Plese, Rimal, Delmonte y Robert hablaban de todo y de todos. Hablaban de un drama anarquista de Mirbeau; hablaban de una comedia heroica de Rostand; hablaban de los últimos libros de Zola y de los más impertinentes cancioneros de Montmartre.

De pronto, Plese preguntó a Rimal si había visto a Carlos la víspera en el estreno del *Renacimiento*.

Rimal contestó:

—Sí, sí le vi. Estaba con el director de la Revista Parisiense y con dos actrices del Palacio Real. Pero ¿por qué no viene nunca al Círculo? Se me figura que comienza a envanecerse con sus triunfos. ¿Y la Muñeca?

—En efecto, ¿qué se ha hecho la Muñeca? —interrogó Rimal.

Temiendo alguna indiscreción hiriente o burlona, Robert tomó la palabra:

—La Muñeca —dijo— no era, en ningún concepto, la mujer que convenía a Llorede... No quiero decir que sea una mala mujer, ni mucho menos..., pero,

en fin, Carlos necesita algo más sencillo, más natural, menos literario, menos curioso y menos lascivo que aquella diabla. Ustedes, que la conocen tanto como yo, comprenderán lo difícil que debe de haber sido para nuestro amigo vivir al lado de una mujer caprichosa, orgullosa, ávida de sensaciones raras, casi histérica. Yo le hablé varias veces de eso a Carlos, con una franqueza brutal, y creo que mis consejos contribuyeron a decirlo.

—Entonces —interrumpió Plese—, ¿tú te figuras que fue él quien se marchó, y no ella quien le obligó a marcharse?

—¡Ya lo creo que me lo figuro! Como que es la purísima verdad. Pero, en fin, esto no tiene gran importancia. Llorede está libre, comienza a trabajar de nuevo.

—¿Y crees que vive dichoso?

—Dichoso no. ¿Quién es dichoso en este mundo? ¿Eres dichoso tú? Yo no, ni nadie. Pero si Llorede se siente más desgraciado ahora que hace dos meses, no es justamente por causa de la Muñeca, sino por haber tenido que renunciar de pronto a una vida a la cual ya estaba acostumbrado. En general, cuando un hombre se separa de una mujer, lo que más le hace sufrir es el cambio de vida y la idea de que un sentimiento acaba de morir en su alma. Estoy seguro de que Carlos comienza a estar tranquilo.

—Como el agua que duerme —murmuró Delmonte.

—¡Como todo el mundo! ¡Qué demonio! Como tú, como yo, como el vecino. Nosotros tenemos la manía de complicar las cosas más simples y de no querer creer que una mujer que ríe, ríe, en efecto, de buena gana.

No, señor, para nosotros esa mujer ríe para esconder una lágrima o para no gritar, porque en la víspera se murió un caballero que fue amigo de su abuelo. ¡Qué sutileza! Carlos está tranquilo, como están tranquilos los mozos de treinta años que acaban de perder una querida bonita y que no han encontrado aún otra bonita querida para reemplazarla. Ya le verás una de estas noches, aquí o en cualquier café, al lado de una chica guapa, muy contento y muy enamorado, bebiendo como un loco, acariciando las piernas de su nueva Dulcinea, haciendo todas las adorables tonterías que hacen los amantes. Pero aun viéndole así, tú te has de figurar siempre que está a punto de matarse. Porque tienes la desgracia de ser un psicólogo. ¡Oh, un psicólogo! La psicología es una enfermedad terrible, que te impedirá siempre ver las cosas tales y como son. Más te valiera ser sencillo y no imitar a Julien Sorel ni a Barrès. Porque mira que es triste eso de ser el discípulo del autor del *Jardín de Berenice*.

Para evitar los discursos malhumorados de Robert, Plese trató de hablar de otra cosa:

—Esta mañana —dijo— vino a mi estudio la marquesa de Tecor, ¿no la conocen ustedes? Es una mujer muy hermosa, muy rica, muy ligera de cascos. ¿Y saben ustedes a qué vino? Pues nada menos que a pedirme que la hiciese su estatua desnuda. “Desnuda, desnuda”, decía ella con su noble boca impúdica.

—La conozco —repuso Delmonte—; y, en efecto, es una mujer de impudor bíblico. Sólo que ni es muy noble, ni es muy rica. A mí me está debiendo una medalla, desde el año de la exposición. Ten cuidado..., a menos que quieras hacerte pagar en besos, o en algo más. Y lo que es como belleza, chico, te aseguro que no vale la pena.

—Tú te vuelves cada día más exigente desde que Margot se desnuda en tu taller. Y a propósito, ¿cómo te paga Margot sus bustos?

—Del mismo modo que la marquesa te pagará a ti los suyos.

Robert preguntó fríamente:

—¿Tú te acuestas con la del Campo?

—A veces —contestó el escultor—. ¿Estás celoso?

—No.

—Porque si tienes deseos de acostarte con ella, me parece que no es difícil conseguirlo. Se ha vuelto

muy caritativa, y hasta Plese ha pasado una noche en su casa.

—¿Yo? —exclamó el aludido—. ¡No, no es cierto!

Robert se había puesto pálido; y sin decir una palabra, miraba a sus amigos y se mordía el labio inferior nerviosamente. Después de un instante de reflexiones silenciosas, terminó como hablando consigo mismo:

—Aquí el único franco soy yo..., y el único imbécil también...

Luego tomó su sombrero, marchose casi sin despedirse de nadie, y trató de pensar en algo que no tuviese nada que ver con Margot, ni con la Muñeca, ni con Carlos. “Ya yo estoy viejo para esas tonterías —decíase—. Ahora lo único que me conviene es el amor a precio fijo, a día fijo, a ración fija. Una hora cada semana, en cualquier entresuelo de la calle de Marbeuf, al lado de una mujer que no sea muy joven, ni muy bonita, pero que sea blanca, rubia, complaciente y sin nada de particular en la cara ni en el cuerpo, para que, en vez de dejarme un recuerdo nostálgico, me deje únicamente el consuelo de un apetito saciado. El amor está bien cuando uno tiene veinte años y necesidad de sufrir. Yo ya estoy viejo, viejo, viejo, y no tengo ningún deseo de convertirme en un masoquista sentimental. En el fondo, más vale que la tonta de Margot no haya querido ser amable para conmigo, pues sus besos me habrían

costado muchas crónicas, y, como dice Balzac, ninguna noche de amor vale una página. ¡Balzac! ¡Aquél sí que era un hombre!, ¡jamás una pasión en su vida! Y Zola también es un hombre que trabaja sin descanso y que se contenta con su mujer. ¡El trabajo! Es necesario vivir alegremente y no atormentarse por las chiquillas que tienen el pecho bonito y los ojos negros. ¡Trabajar! Yo no vuelvo a acordarme de ninguna mujer, ¡oh, no!, ¡no!”

Algunas horas después, sin embargo, el pobre periodista sorprendióse a sí mismo acariciando con la imaginación la imagen picaresca y excitante de Margarita. “Soy un necio incurable”, pensó.

XIV

En realidad, Carlos había sido siempre un ser débil, sensitivo y orgulloso, sin ninguna verdadera robustez moral. Degenerado, como casi todos los artistas modernos, no a causa de las condiciones atávicas de su naturaleza, sino por culpa de la vida contemporánea y de la evolución de su propia personalidad en el medio ambiente de la existencia literaria de París, sus cualidades enérgicas habíanse atrofiado de un modo precoz e insensible, en beneficio de sus gustos refinados. La idea del mundo real confundíase en su cerebro con la idea artificial de un orbe fantástico. De esa mezcla de visiones inarmónicas nacía en él una doble personalidad que le impedía conocerse a sí mismo. “¿Estoy o no estoy locamente enamorado?”, preguntábase con frecuencia; y sus respuestas variaban con cada circunstancia especial. Después de una semana de vida idílica, contestábase: “Sí, estoy enamorado, la quiero mucho, pero loco no estoy”; después de los temores provocados por la visita del notario, o de otro contratiempo cualquiera, decíase: “¡Estoy loco, loco de amor, no hay duda de que lo estoy!”

Al sentirse abandonado y engañado por la Muñeca, después de sufrir inconscientemente durante algunos días, trató de sobreponerse a su propio dolor, y de analizar su lamentable estado de ánimo. Con una tristeza llena de resignación y de humildad, comprendió desde luego que la idea que él y los demás se habían formado de su carácter era la más falsa de las ideas. No; no era hábil, no era calculador, no era escéptico; no carecía de escrúpulos, ni era tampoco un simple combatiente en la palestra de la lucha social, dispuesto a triunfar por todos los medios, no, no, no era un futuro explotador de la influencia femenina. No. No era sino un artista, un hombre sentimental, sensual, inquieto, capaz de las más grandes pasiones y de los más dolorosos sacrificios. Durante los largos meses pasados en casa de su querida, había saboreado todos los goces y todos los dolores que un amante puede experimentar en la encantadora monotonía de un idilio, y nunca, en esa época, pensó seriamente en que los besos pudieran agotarse. Luego su análisis no le hizo ver sino la persistencia de su pobre amor, que subsistía por encima del desprecio, por encima de la humillación, por encima del odio mismo.

Porque Carlos odiaba y despreciaba a Liliana. La despreciaba, la odiaba, y al mismo tiempo la adoraba.

Por las noches, al acostarse, después de haber absorbido mucho alcohol y mucho humo; después de ha-

ber hecho lo posible por olvidarse a sí mismo y por parecer alegre, al acostarse en su lecho solitario, la nostalgia de las caricias gozadas, acentuábase hasta el punto de producirle un verdadero delirio de los sentidos, impidiéndole coordinar las ideas, sumiéndole en un estado de insomnio lascivo e incoherente. Figurábase, a veces, que la Muñeca estaba allí, a su lado, ofreciendo al ardor de sus labios la belleza delicada y adorable de su cuerpo complaciente. “¡Lili!, ¡rica! Dime que me adoras. Yo te idolatro con toda mi alma, con toda mi carne, locamente. ¡Lili!” Y, buscando a la amada, movía el brazo sin dirección fija, como un autómatas. Otras veces ocurríasele pensar que Liliana acariciaba a Margot ante su vista, y entonces un impulso rabioso le hacía morderse los labios, llenándole de coraje contra la querida infiel y viciosa, pero sin suprimir en sus sentidos los deseos lascivos. Odiándola o adorándola, figurándose la rendida o indiferente, en fin, siempre sentía, al pensar en ella, al soñar en ella, al verla a su lado con la imaginación, un deseo febril de poseerla, de oprimirla contra el pecho, de respirarla cual flor, de morderla como fruta, de saciar en sus labios la sed que lo devoraba.

En la tranquilidad relativa de sus mañanas, solía decirse: “Lo que lloro en esa mujer no es la mujer espiritual, sino únicamente su carne, el perfume capitoso de su seno, la parte material de su persona, los brazos,

los labios, nada más. En cuanto a la parte superior de su belleza, los ojos, la sonrisa, la actitud, casi nunca sueño en ella. Cuando me la figuro decapitada y exánime, sin voluntad, sin fuego y enteramente carnal, la deseo con más ardor que nunca. Lo que me atormenta, pues, no es el amor mismo, es la lujuria”.

Una noche quiso calmar sus anhelos sensuales en un lecho de ocasión; y aunque sin grandes esperanzas de verdadero placer, deseando solamente no dormir en su alcoba desolada con la sombra del amor muerto, dejase seducir por una vendedora de caricias que le ofrecía, en la puerta del café de Montmartre, la mitad de su cama y toda su belleza, a cambio de una pieza de oro. Esa noche Carlos durmió bien, después de haber gozado realmente, como un animal rijoso, entre los hábiles brazos de su compañera. Al abrir los ojos, muy de mañana, experimentó, sin embargo, una melancólica congoja, cual si el acto que acababa de cometer hubiera sido la suprema profanación de su amor por la marquesa; y sin dirigir la palabra a la pecadora, que dormía aún, marchose precipitadamente jurándose a sí mismo, como todos los artistas exasperados, que en el porvenir se refugiaría en el trabajo y no buscaría el olvido de sus penas sino en la producción literaria.

“¡Trabajaré!” —se dijo.

Y trabajó, en efecto; pero no sin asociar la imagen de la Muñeca a su labor. Sabiendo que Liliana leía el Gil Blas, el Fígaro y el Eco de París, colaboró de preferencia en tales periódicos. Sin confesárselo a sí mismo con franqueza, escribió, pues, para “ella”, escogiendo, al hacerlo, las frases que más podían gustarle, las imágenes que más seductoras pudieran parecerle, los asuntos que mejor halagasen su gusto femenino. Trabajó con pasión, encontrando en esa correspondencia indirecta, un alivio a sus males sensitivos.

Al principio Liliana se entregaba a su vida de desorden con un entusiasmo apasionado, no desperdiciando ninguna ocasión de ver un espectáculo raro o de hablar con un hombre original. Todo lo extraño, todo lo misterioso, todo lo infame, despertaba su curiosidad enfermiza hasta el punto de producirle verdaderas crisis de deseo. Los magos discípulos de Péladan, los místicos compañeros de Jules-Bois, los cultivadores de ciencias herméticas, los poetas que glorificaban a Isis y que creían en el abate Vintras, los bebedores de éter o de opio, los pálidos hijos de Thomas de Quincey, los bohemios satánicos a la Baudelaire, los efebos adoradores de su propio sexo, verlenianos o wildistas; toda la gran caravana de la moderna decadencia, en fin, atraía a la antigua marquesa, con el prestigio de sus pecados y de sus refinamientos.

Algunos extraños artistas melencólicos habíanle producido una impresión pasajera y sobrenatural, obligándola a disfrazarse de Ofelia en la penumbra de su alcoba, diciéndole, en el lecho, la leyenda espeluznante

de Gilles de Rais, mezclando los ritos religiosos a las locuras de la lascivia, convirtiendo su pecho desnudo en tabernáculo de ritos ocultos, iniciándola, en suma, con una seriedad increíble, en los arcanos del placer diabólico. Pero ninguna de tales fiestas del vicio laborioso y artificial lograba, a la larga, satisfacer por completo sus sentidos.

El último poeta decadente que la había alucinado, con sutiles manejos eróticos, durante toda una semana, era Ernesto Gramont, joven flamenco, autor de un libro sobre *Las devociones carnales*, escrito a la manera de los estudios psicológicos de Pol Demande.

Gramont usaba, en sus relaciones amorosas, de una solemnidad hierática, ejerciendo el “sacrilegio profesional” de un modo instintivo e inquietante. Antes de acostarse, arrodillábase ante la Muñeca y le recitaba sus ruegos amorosos en estrofas de un ritmo severo y no siempre impecable, de cuya magnífica monotonía de órgano surgían, de vez en cuando, gritos agudos de pena o de esperanza; gritos histéricos que duraban un instante, al cabo del cual la mística melopea volvía a desarrollar, en la languidez salmódica de la euritmia, sus cláusulas dolientes y entusiastas de antífona, de himno, de letanía, de plegaria, Creyéndole algo loco, Liliana sometíase a los caprichos de su voluntad quejumbrosa, con una ternura compuesta de piedad cari-

ñosa y de voluptuosa curiosidad. Las mujeres, en general, se sienten más halagadas cuando un amante las compara a la Virgen que cuando las compara a Venus, y todos poseemos, en el fondo del alma, cierta levadura diabólica, que nos obliga a mezclar los ardores terrenales con los anhelos religiosos. “Hay una línea ideal —dice Gramont— en donde la devoción, el amor y el sentimiento de la muerte se confunden”. Y luego agregaba que la más palpable prueba de tal mezcla eran los celos, que obligan al hombre a disputar a Dios el corazón de una mujer. Sin ser profundamente religiosa, la Muñeca conservaba, de sus primeros años pasados en un convento, el catolicismo vago que, según la frase de Goncourt, “sirve, como un pañuelo, para enjugarse las lágrimas”. Los ardientes discursos en que Ernesto la comparaba con el *Extasis de santa Teresa* de Bernini, o con la *Extasis de santa Catalina*, del Sodoma, producíanle un estremecimiento delicioso. El idilio, tan sacrílego cual breve, terminó como debía terminar a causa de la misma exaltación de los medios empleados por los amantes.

Al volver de una fiesta que había durado toda la noche, Ernesto y Liliana pasaron frente a una iglesia, a la hora de la primera misa.

—Entremos, ¿quieres que entremos?

—Sí, entremos.

Una vez en el templo, el poeta obligó a su querida a confesarse. Luego la hizo comulgar, como Demande a Albina.

Dos horas después, ambos confundían sus besos extáticos y sus viciosas caricias en el gran lecho esculpido por el cincel prestigioso de Damppt. Y más tarde, al despertarse, sintiendo una repugnancia infinita por su adorador, discípulo de Demande, Liliana quiso de nuevo ser libre y dormir sola.

—¡Vete! ¡Márchate!

Todas aquellas aventuras singulares, tan pacientemente preparadas y tan nerviosamente deseadas, no dejaban en el cerebro de la marquesa sino el recuerdo brumoso de un viaje a países desconocidos, países sin sol, sin aire, oprimentes, turbadores, exóticos y lejanos.

Su carne febril de hembra fogosa experimentó al fin la nostalgia de las francas caricias de Carlos.

“Los goces complicados —pensaba— tienen su atractivo especial, como las zalamerías innobles de Margot tienen su sabor picante y exquisito en ciertos casos. Las naturalezas debilitadas y los temperamentos fríos deben de encontrar en todo eso una mezcla de dolor y de gusto, de una penetrante intensidad. ¡Yo también..., a veces! ¡Sólo que yo tengo apenas treinta años y necesito algo más fuerte..., mucho más fuerte...; algo que

sea brutal, que me doblegue, que me rinda, que me calme, que sea superior a mí!”

Una noche tuvo un sueño que le hizo gozar más que la realidad de sus frecuentes y sabios placeres. Soñó que acababa de cumplir los quince años, y que vivía fuera de París, en el castillo de su padre. Entre los servidores de la noble vivienda había un campesino joven, musculoso, guapo, ágil, atrevido, cuadrado de torso y redondo de cara, que le servía a ella de cochero todas las mañanas. Cierta día, al atravesar el bosque que separaba su casa del pueblo, el campesino se detuvo repentinamente; volviose hacia ella con los ojos encendidos por el deseo, y en silencio, sin rogar, sin amenazar, obedeciendo a una fuerza incontrastable de león hambriento, la violó en pleno campo, bajo la inmensa caricia de un sol estival.

Poco a poco sus pupilas ardientes fueron fijándose con preferencia en los mozos de aspecto fornido.

—¿Sabes? —dijo al fin a Margot en un momento de franqueza—. ¿Sabes?, los poetas no me gustan ya, por sus pequeñeces lascivas y sus manías viciosas. Para cosas sabias no hay nadie como tú. Lo único que ahora me tienta es el hombre robusto, como...

—¿Como Carlos?

—No... Sí... Más robusto, más hombre todavía, como..., como los atletas de las ferias.

Margarita reía irónicamente oyendo a su amiga. Ésta continuó:

—Como el luchador del Luxemburgo; algo que sea más alto, más macizo que los hombres en general, pero ¿por qué ríes?

—Porque eres una niña.

—Una bestia, quieres decir. Pues bien: en efecto, soy una bestia que desea un amante cual el raptor de Europa. Ya sé que eso no te gusta a ti, pero, en fin, por probar.

—No; si no lo digo porque tu deseo me parezca mal, sino porque me parece que si lo que necesitas es un macho, no lo encontrarás entre los que parecen atletas. Dicen que Casanova era pálido y delgado, a pesar de lo cual acostábase a veces con varias mujeres en la misma noche.

—¿Entonces?

—Entonces... Esa es una casualidad que no se revela por medio de ningún signo exterior. Yo conozco a algunos tísicos mucho más poderosos que los atletas de feria.

“Tal vez es cierto —dijose a sí misma la marquesa—. Carlos era insaciable. Pero Carlos ya no existe para mí. ¡No! ¡No! Y, además, Carlos no era sencillo, ponía algo de literario en sus caricias”.

En los labios de la Muñeca, la palabra “literario”, quería decir “artificial”, “quintaesenciado”, “decadente”. Las orquídeas y los iris, las telas fabricadas por Liberty, las combinaciones sutiles de pálidos matices, las cabelleras peinadas a la Boticelli, las joyas de Lalique, parecíanle “literarias”. “Yo misma, por mis gustos caprichosos y mis ardores febriles —decíase— soy algo literaria”. Y luego agregaba mentalmente, con un ligero suspiro: “¡Por culpa de Carlos, que fue quien modeló mi alma a su antojo!”

XVI

Hacía dos semanas que la Muñeca llevaba, según su propia expresión, “una vida de anacoreta”, acostándose siempre sola y siempre temprano, levantándose muy tarde, leyendo poco y no saliendo casi nunca de su casa. Algunos amigos iban a visitarla diariamente, pero “sólo a visitarla”. La misma Margarita tenía que marcharse después de comer, porque Liliana la había dicho con franqueza que deseaba pasar sus noches en la más completa de las soledades.

Admirada de su casta carencia de deseos definidos, la marquesa llegó a figurarse, en ciertos instantes de tranquilo bienestar, que su gusto por las aventuras se había agotado, y que su ser, prematuramente envejecido, comenzaba ya a sufrir de la enfermedad psicológica que Juan de Tinan llama “la impotencia de amar”. Los célebres versos de Mallarmé, que dicen la tristeza de la carne y la imposibilidad de encontrar el goce cuando se carece de curiosidad, acudían a menudo a su memoria como el *ritornello* de sus más íntimos pensamientos.

Una intensa languidez iba apoderándose de su corazón y hacía cambiar sus gustos y sus deseos, obligándola a preferir la música a la pintura, los perfumes a las formas y los poemas a las novelas. Las quejas brumosas de Grieg, que surgían del piano, llenando el espacio de ondas mecedoras, sumíanla en una especie de baño psicoterápico que le permitía olvidarse a sí misma y permanecer horas enteras bajo la influencia calmante de vagas y dulces sensaciones. Cuando quería leer, buscaba un volumen cualquiera de versos y leía en voz alta, escuchando el ritmo, sin hacer ningún esfuerzo intelectual para comprender el sentido de la estrofa.

—Pareces aburrida —le decía Margot—. Nada te entusiasma, nada te excita, nada provoca tus deseos antes en constante alerta. ¿Estás enferma? Después de Ernesto Gramont, ningún hombre te ha interesado. ¿No hay misterios en tu vida?

—No. ¿Por qué quieres que haya misterios? Pero me siento cansada, y tus amigos, los chicos decadentes, me producen náuseas.

—Sin embargo, cuando Gramont se marchó me hablaste de atletas y de luchadores que te inspiraban ideas lascivas. ¿Ya no piensas en eso?

—Sí, a veces. La carne es siempre la carne y, a pesar de no haber conservado ningún recuerdo agradable de mi último amante, experimento, muy a menudo, un ar-

dor interno que me hace desear un beso de hombre, de macho poderoso. Mas esos anhelos carnales no duran nunca largo tiempo. ¡Y estoy tan fatigada, a causa de las noches de Montmartre, a causa de tanto alcohol!

—¿Y de tantos besos?

—No, no. Los besos no me hacen ningún daño. Lo que me cansa físicamente son las noches en vela y los licores. Tú eres de hierro, tú no te fatigas nunca.

—Es verdad, soy fuerte.

—Yo no. Y lo curioso es que mientras uno continúa desvelándose, no nota el cansancio. Pero después de dormir bien algunos días, se paga todo junto y se siente el cuerpo rendido como si no se hubiese acostado una en un mes.

El tiempo lluvioso de un final de invierno parisien- se contribuía a acentuar el estado de alma de la Muñeca.

—Creo que tú no has querido nunca a un hombre, de veras, de veras —le dijo Margot, después de contemplarla en silencio con sus ojos de fuego durante algunos instantes.

—Tal vez —repuso la marquesa indiferentemente. Mas al mismo tiempo, una voz oculta pronunciaba a su oído, muy quedo, muy quedo, muy quedo, el nombre de Carlos.

XVII

Después de la lluvia menuda, gris y persistente de los últimos días helados, el cielo amaneció, de pronto, una mañana de marzo, vestido de azul luminoso y prematuro.

—¡Qué bello día! —pensó la Muñeca al respirar a plenos pulmones, con una voluptuosidad golosa, los efluvios tibios y perfumados que penetraban por la ventana entreabierta de su alcoba—, ¡qué bello día!

El reducido paisaje suburbano que principia en el bosque de Bolonia y va hasta el parque de San Claudio, tomaba proporciones inmensas, gracias al brillo majestuoso de la atmósfera. El glauco Sena extendíase en medio, cortando con la franja luciente de sus aguas la tierna y monótona alegría del campo.

Bañándose en la luz del sol y contemplando el verde florecimiento de los árboles, los ojos de la marquesa recobraron la claridad casi infantil que había hecho que Carlos la bautizara, muchos meses antes, con el nombre de “la Muñeca”.

“¿A dónde ir?”. Versalles estaba muy cerca, con su jardín inmenso poblado de melancólicos recuerdos; con sus terrazas suntuosas, que conservan aún la huella de reales y diminutos pies; con sus avenidas amplias, solitarias y profundamente tristes, como todas las cosas que, después de ser alegres, no guardan sino el prestigio de sus antiguos esplendores. París también estaba muy cerca, con la red infinita de sus calles animadas y de sus bulevares; con su vitalidad vertiginosa, con su perfume especial y su especial alegría. “¿A dónde ir?”

Después de haber almorzado con gran apetito, Lilitiana se decidió por París y dio orden a su cochero de conducirla al Louvre. Al llegar a la plaza de la Concordia, sin embargo, bajó del carruaje y recorrió a pie las arcadas interminables que van de las Tullerías a la plaza del Teatro Francés.

Vestida con un trajecillo ligero y modesto, que revelaba sus instintos bohemios, y peinada, como siempre, de un modo especial y llamativo, la viuda del noble marqués parecía más bien una *divette* de café-concierto que una dama millonaria. Al verla pasar, los hombres volvíanse hacia ella con miradas de deseo.

En el Louvre compró algo —¿qué?— cualquier cosa, una bagatela inútil, una pluma, un encaje, una cinta, y luego dirigióse hacia la avenida de la Ópera, dispuesta a ir a pie hasta Montmartre en busca de Margot.

Los rayos intensos del sol habían disipado las brumas de su alma, llenando de fantásticos e indeterminados deseos su cerebro caprichoso, haciendo vibrar sus nervios con vibraciones inquietantes, embriagando ligeramente su espíritu, y rejuveneciendo todo su ser erótico. El perfume de polvos de arroz y de violetas nuevas que flota en las tardes primaverales de París excitaba sus sentidos y cubría de sutiles cosquilleos su carne insaciable. Todo, en las vastas y alegres calles, llamaba su atención, haciéndola detenerse a cada paso ante los escaparates de las tiendas, ante los kioscos de los periódicos, ante las columnas de anuncios teatrales; obligándola a volver la cabeza para ver a las mujeres que pasaban a su lado, o para seguir, con el vuelo rápido de su vista, a los hombres que le parecían “interesantes”.

Alentado por sus maneras frívolas y provocativas, un coracero la seguía, parándose cuando ella se paraba, rozándola con el brazo en las encrucijadas llenas de gente, tratando, en fin, de encontrar un pretexto para dirigirle la palabra. Lilitiana sonreía con cierto orgullo, oyendo el ruido de las espuelas. “Este militar me ha tomado por una *cocota* —decíase—, o por una actriz ligera, o por una burguesa amiga de aventuras. Me persigue con encarnizamiento. ¡Anda, anda, de prisa, chico!” Y el paso de la Muñeca hacía más rápido, a medida que su imaginación y sus deseos iban exaltándose.

“¿Será guapo? Alto sí lo es..., y robusto también..., pero guapo... ¿Será guapo?... ¿Y qué esperará para echarme un piropo?”

Las tentaciones carnales que habían atormentado sus noches solitarias después de los amores complicados de Ernesto Gramont, surgían de nuevo, en pleno día, del fondo de su sexo enfermizo, y sin tomar una forma neta pasaban ante sus ojos en caravanas de larvas de machos membrudos, vellosos, rígidos. Si Robert hubiera estado allí habríale dicho que era “el ataque de histerismo”. Ella no se daba cuenta de lo que era, pero sentía que era algo de anormal y de obsceno, algo de físico, algo de irresistible; un deseo de sufrir materialmente; una enfermedad de la piel, de la sangre y de los nervios, que le producía sensaciones bestiales a la par que extáticas.

Poco a poco la calle fue desapareciendo ante su vista y sus sentidos no percibieron sino las fantásticas legiones tentadoras, la ardiente luz solar y el ruido invariable de las espuelas.

“Me ha tomado por una cocota —seguía diciéndose— y me desea”. La idea de ser tomada por una “profesional del amor” no la repugnaba. “Es grande, es robusto, ¡anda, buen mozo, anda de prisa!”. Su paso era rapidísimo. “¡Anda, anda! ¿Y cuándo me dirá que le gusta mi talla?”

Por fin, al atravesar una de las callejuelas silenciosas que principian en el bulevar, el coracero acercose a ella: —Señora, acaba usted de dejar caer su pañuelo...

Liliana sentía el brazo que rozaba su brazo y la voz que le hablaba, pero sin percibir el sentido de las palabras.

—Señora, permítame usted que le sirva de escolta. ¿Me permite usted que la acompañe durante algunos minutos?

Envalentonado por el silencio de la que creía ser una “chica alegre” o, a lo sumo, una actriz de costumbres ligeras, el militar le ofreció el brazo.

Una palidez súbita cubrió el semblante de la Muñeca y sus ojos se entornaron:

—¿Me hace usted el favor, caballero, de buscar un coche? Me siento algo mal. El calor...

Ya encerrados en la caja estrecha del simón, el coracero explicó sus deseos con una petulancia fanfarrona que habría parecido grotesca en otras circunstancias a la antigua querida de Carlos, pero que, en aquel instante, despertó violentamente su sed de besos brutales y de brutales caricias.

—¿Quiere usted venir a mi casa, señora?

—No, vamos a la mía, puesto que yo soy libre.

Al entrar en el bosque, Liliana bajó, con un ademán febril, las cortinas azules de las ventanillas, y con-

virtió el fiacre, durante algunos minutos, en ambulante alcoba.

Por la noche la Muñeca dijo al militar:

—No te marches.

Y el militar no se marchó. Y una semana más tarde, ni ella, ni él, habían salido de la casita de las inmediaciones de París.

XVIII

Cuando Robert acabó de hablar, Carlos le dijo, tratando de parecer alegre:

—Tú serás siempre un farsante capaz de burlarte de lo más sagrado para hacer reír a los amigos. ¿Le has ofrecido casarte con ella? Está bien, puesto que sólo de ese modo puedes lograr lo que te propones. Ahora de lo único que se trata es de que ella no se lo cuente a todo el mundo para que los que no te conocen...

Bruscamente, Robert interrumpió a su amigo:

—¿Entonces tú también te figuras que se trata de una broma? Yo te creía, sin embargo, más listo que los demás. ¿Por qué ha de ser una broma?

—Porque tú no puedes casarte.

—¿Y por qué no he de poder casarme yo, lo mismo que todo el mundo?

—¿Casarte con una...?

—Dilo con franqueza: con una zorra, ¿no era eso lo que ibas a decir? Pues bien: me caso con Margot, que, al fin y al cabo, no es tan perdida como muchas marquesas viudas.

Carlos comprendió la alusión y repuso con sequedad:

—No hablemos así.

Luego, enternecido:

—Yo te quiero como a un hermano mayor y, por lo mismo, me entristece ver que un capricho que todos hemos contribuido a fomentar en tu corazón ha llegado a convertirse en verdadero y ciego amor. Siendo débil, lo mismo que los demás hombres en general, puedo decirte que vas a cometer una locura muy grande, lo cual no quiere decir que yo sea incapaz de cometer otra más grande aún. En cuestiones sentimentales todo es natural y lo más natural de todo es el crimen y la demencia. Por otra parte, tú debes de conocer a Margot mejor que yo y saber lo que te espera. Si te he ofendido, dispénsame, y ten la seguridad de que tu mujer será siempre, para mí, la más respetable de las mujeres. Pero no hablemos más de eso, ¿quieres?

Robert enjugó las lágrimas que temblaban en sus párpados enrojecidos y marchitos. Su rostro, prematuramente envejecido, crispábase a cada instante con un temblor nervioso que hacía más profundos los surcos de sus mejillas.

“¡Pobre hombre! —pensaba Carlos—. ¡Pobre amigo, cuya máscara de cruel ironía y de impenetrable escepticismo desaparece al más ligero soplo de la ver-

dadera pasión, convirtiéndole en débil juguete del destino y de la lujuria! ¡La lujuria! ¡El destino! Yo también quise burlarme de ellos, creyéndome fuerte, y no logré sino inferir a mi alma una herida incurable. ¡Pobre amigo!”

Después de un largo y penoso silencio, Robert preguntó a Carlos:

—¿Me guardas rencor por lo que acabo de decirte?

—¿Rencor? ¡No seas niño! ¡Por qué te he de guardar yo rencor!

—Es verdad que yo no he dicho nada que pueda ofenderte, pero tú tampoco, y, sin embargo, tu modo de hablar de Margarita me ha hecho más daño que una bofetada. Por eso me figuré que mi alusión a la Muñeca...

—No hablemos de eso que pertenece ya a la historia antigua, hablemos de ti.

—No, tampoco de mí, puesto que tú también me consideras como un imbécil a causa de mi determinación definitiva. Te juro que, en cuanto me case, me marcharé a vivir al campo, muy lejos, con mi mujer y mis libros.

Carlos no pudo contener un nuevo impulso de extrañeza:

—Pero ¿es cierto, cierto, cierto?

—Sí.

—¿Entonces, a pesar de las apariencias, tú no has conseguido aún nada de ella?

—Sí. Hace más de quince días que vivimos juntos.

—En ese caso, no me lo explico.

—Yo tampoco. Esas cosas no se explican nunca. Son locuras, son la obra de la fatalidad, son lo que te dé la gana, pero son la vida misma con su fuerza irresistible. Son cosas que se hacen y que no se explican. Tú mismo serías capaz de hacerlo si te encontrases en mi situación, ¿no es cierto?

Carlos no se atrevió a responder una palabra, temeroso de ofender a su pobre amigo.

—Voy a decirte la verdad —prosiguió Robert—, me caso porque estoy loco, porque la adoro, porque entre ella y el honor, me quedo con ella. Yo conozco su vida mejor que nadie, y sé que ha sido la querida de Plese, de Rimal, de Delmonte y de otros muchos. Sin embargo, me caso, no porque ella me lo exija, sino porque yo lo deseo. Y no te figures que soy de los que creen que un hombre puede redimir a una dama de las Camelias rodeándola de dulces ejemplos de bondad y encerrándola en el círculo estrecho de las caricias honradas. No. Para mí, la prostituta sigue siendo prostituta a pesar de todo, y cuando sale del fango, lleva el fango consigo misma, en el alma y en el cuerpo, para salpicar el lecho nupcial, para manchar a sus hijos, para

ensuciar el camino por donde pasa. Margarita seguirá siendo la criatura malsana y viciosa que conociste tú y que conocieron todos: mas su vicio no será sino mío, sólo mío, enteramente mío, y se confundirá con mi propio vicio en el lecho de fango en que los dos nos revolcaremos, lejos de todo el mundo. Además, yo no detesto esas almas misteriosas y oscuras en las cuales se confunde la bestialidad con la tristeza sensitiva, el amor con el desprecio de la carne, y la exquisitez más sutil con los más violentos instintos. ¡Si hubieras visto a Margot cuando le pregunté si quería ser mi mujer para toda la vida! Figurábase ella que yo le ofrecía un concubinato eterno, y al ver que se trataba de un matrimonio verdadero, echose a llorar entre mis brazos como una chiquilla de diez años. Los besos de tal instante valen mil veces más que todos los honores que el porvenir pudiera reservarme.

Carlos recordó, con tristeza, otra ocasión en la cual su amigo le había hablado, en términos muy diferentes, del riesgo de las pasiones y de la vida de familia. “Hace tiempo —pensó— este mismo hombre me decía que abandonase a Liliana porque nosotros no debíamos tener grandes pasiones y hoy que se trata de su propia persona, de su vida futura, de su honor y dicha personales, en vez de razonar con más juicio, razona como un demente. Así somos todos: sabemos dar cuerdos con-

sejos a los demás y no guardamos para nosotros sino los razonamientos delirantes”. Luego su imaginación percibió, en las lejanías del futuro, la vida atormentada de Robert, envejecido antes de tiempo, siendo el esclavo de una mujer sin sentimientos y sin escrúpulos, cuyo perfume lascivo había convertido ya al fuerte luchador del pensamiento moderno en una bestia instintiva, hambrienta de carne joven y de sabios besos. Ante ese cuadro lamentable, su propia soledad, amargada por el recuerdo palpitante de Liliana, aparecíale como la más bella de las existencias.

XIX

Durante algunos días, Carlos siguió consolando sus íntimas penas con la idea de las penas que esperaban a su amigo en la vida matrimonial. “¡Casarse con Margot!”. Llorede no comprendía cómo Robert había llegado a tal extremo de aberración pasional. “La lucha de ese hombre —decíase—, la lucha interna contra los prejuicios sociales, contra las ideas de casta y contra el orgullo nativo, debe de haber sido espantosa. Todo en él debe de haberse rebelado contra un matrimonio semejante, y, sin embargo, ciego al fin, y vencido por la carne, ha hecho la voluntad de la lujuria. ¡Oh, la lujuria! Para resistir a sus tenaces embestidas, a sus reclamos de fuego y a sus ligaduras formidables, es necesario poseer el alma de Julien Sorel y los Sorel no existen sino en las novelas. Stendhal, que fue el creador de las más fuertes encarnaciones de la voluntad, vivió siempre a la merced de mil caprichos de mujer”.

Una cosa extrañaba mucho a Carlos, y era que Robert no le hubiese pedido que le sirviera de padrino para su boda. ¿Sería por temor de un *desaire*? ¿Sería

porque Margot había pensado ya en servirse de la Muñeca como madrina? Esta duda llenaba de inquietud su corazón enfermo, y la idea de que Liliana se asociase a semejante acto de inmoralidad contra Robert le parecía inaceptable, pues, a pesar de su desprecio profundo por la vida de su antigua querida, repugnábale creerla capaz de cometer una suprema ironía, ayudando a casar a una chica depravada con un hombre leal y noble. “No —pensaba— no lo hará, Liliana no es tonta, y si hace de su cuerpo un sayo, es porque tiene derecho para hacerlo. Pero contribuir a que su compañera de vicio envenene para siempre la existencia de Robert, no sería una falta, sino un crimen, una burla macabra. No, no lo hará”.

Sin embargo, Robert mismo le dijo la víspera de la boda:

—No te suplico que me acompañes a la alcaldía, porque tendrías necesidad de encontrarte al lado de la Muñeca.

—¿Has invitado a Liliana?

—Sí, la ha invitado Margarita. Ya tú sabes lo mucho que se quieren.

Sin poder contener su indignación, Carlos exclamó con sarcasmo:

—¡Vaya si se quieren!

—¡Rencoroso! —concluyó Robert campechana-

mente—. ¡Tú no puedes perdonar a las mujeres un pasajero extravío de los sentidos inconscientes! Nosotros también hemos hecho mil barbaridades y no por eso somos grandes monstruos. Es una pura hipocresía exigir la pureza de la mujer en cambio de nuestra impureza. Yo creo, como Björnstjerne, que el hombre que no es virgen no debe casarse con una mujer virgen. En el fondo, todos somos iguales, chico.

La víspera del casamiento de Margot, Liliana llamó aparte a Robert.

—¿Te acuerdas de tu célebre carta? —le dijo.

Muy avergonzado, el periodista repuso:

—Mi carta. ¿Qué carta?

—No te hagas el tonto: la carta que escribiste a Carlos diciéndole que Margot y yo...

Para no sentirse herido por el final de la frase Robert interrumpió:

—¡Perdóname!

—No se trata de perdones. Se trata de que en esa ocasión fuiste el más infame de los calumniadores.

—¿Yo?

—Sí, tú. Porque ni tu mujercita ni yo hemos tenido nunca relaciones más que fraternales. Hemos sido amigas, nos hemos querido mucho, y nuestras zalamerías han podido, en apariencia, ser pecaminosas; mas en el fondo nada tan inocente como nuestras caricias y nuestros besos. Te lo juro.

—En ese caso, debiste decirlo desde luego a Carlos.

—No. Yo deseaba recobrar mi libertad, y aproveché tal pretexto como habría aprovechado otro cualquiera. Tengo la locura de la independencia. Todos los yugos me pesan, aún los más agradables.

—Es cierto. ¿Y tu militar?

—Ya no lo veo. Al cabo de quince días, los hombres me repugnan. El único a quien quise largo tiempo fue a Carlos.

—¡Pobre Carlos! Ahora que me aseguras que la causa de vuestra ruptura fue una ligereza mía, me siento lleno de remordimientos. El recuerdo de sus penas amarga mi alegría. ¡Pobrecillo!

—¿Tú eres de los que creen en el amor de los hombres?

Y, luego, enternecida:

—Ya se habrá consolado con otras.

—Sí, naturalmente. Un hombre de su edad, guapo y famoso como él, dispone de mil elementos de consuelo. Se consolará o se habrá consolado, no hay duda. Sólo que el consuelo es siempre triste, puesto que supone un sufrimiento anterior. Un hombre que se consuela es como un hombre que se cura de una enfermedad: el recuerdo del mal subsiste siempre. Y lo curioso es que, a medida que pienso en mi mala acción, dudo más y más de haberla cometido por el cariño que le tenía a él

y no por el odio que sentía contra Margot. ¡A cuántas tonterías nos obliga el amor! Tú eres la más feliz de las mujeres, gracias a tu carácter variable.

Liliana sonreía melancólicamente.

—No hay duda de que eres feliz —prosiguió Robert—. Bella, rica, inteligente, sin pasiones durables, ¿qué más quieres? En cambio, Llorede tendrá que padecer mucho antes de casarse con una mujer que lo comprenda y que lo adore.

—¿Crees que va a casarse?

—Me parece natural.

A la Muñeca no le parecía aquello natural. La idea de que su antiguo amante pudiese unirse para siempre a otra mujer, no se le había ocurrido nunca. Que se casara Ernesto Gramont, que se casara el militar, que se casaran los demás hombres que habían dormido en su lecho durante algunos días, enhorabuena; ¡pero Carlos no! Carlos había sido “demasiado suyo” para que ella aceptase la perspectiva de verse olvidada en absoluto por él.

Viéndola preocupada, Robert la interrogó:

—¿Qué tienes?

—Nada, nada —repuso ella.

Y un instante después murmuró, como hablando consigo misma:

—“¿Se casará realmente?”

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Yo no le veo nunca. Y es una pura curiosidad.

Nada más.

—¿Quieres que le invite a nuestra fiesta de mañana?

—¡No! ¡No!

—¿No?

—Además, él no querría venir a mi casa, ni aun como amigo.

—Tal vez sí.

—Al fin y al cabo, la fiesta es tuya; puedes invitar a quien se te antoje.

—¡Hipócrita! Te conozco mejor que nadie y sé que querrías verle..., y hasta algo más.

Poniéndose colorada, la Muñeca se echó a reír nerviosamente.

Enseguida, con pasión, murmuró:

—¡Invítale!

XXI

Al levantarse, Carlos encontró sobre su mesa de trabajo una carta de Robert. Abrióla y comenzó a leer:

Te escribo en el café, aprovechando un minuto de libertad. Porque ésta es una carta secreta que ni mi futura ni tu pasada deben conocer. Estírate las orejas y no te caigas de espaldas al enterarte de mi revelación: ¡Liliana te adora aún!

Carlos leyó de nuevo:

“Liliana te adora aún”.

¿Sería una broma?

“¡Liliana te adora aún!”

La carta continuaba:

Acabo de hablar con ella largamente y me ha suplicado que te invite a nuestra fiesta de mañana. ¿Comprendes?

Si no comprendes es porque te has vuelto tonto. Pero ¡ya lo creo que comprenderás! Le he dicho que si tú y ella se veían de nuevo, tenía que ser para reanudar vuestras antiguas relaciones amorosas. Su respuesta fue: “¡Invítale!”. Te invito, pues, no para cenar humildemente con nosotros, sino para hacer algo mejor, que vendrá después de la cena, y que durará mucho tiempo. (¡Oh lechos esculpados por Damp, ya os oigo gemir!). Te invito a la reconciliación, a la dicha, al olvido de las querellas pasadas; y al hacerlo cumplo con un deber sagrado, pues estoy seguro de que la Muñeca y Margot fueron sencillamente amigas sin más. Te lo aseguro; ¡pero no hablemos de eso! Esta noche, a las nueve, a las diez, a las once, a la hora que quieras, en casa de Liliana.

Indignado y colérico, Carlos rompió la carta sin acabar de leerla.

“¡Ir e ese lugar donde ella ha amado a otros! ¡Pues no faltaba más! ¡No, ni aun pensar en ello!”

“¡La Muñeca había muerto para él!”

Con aparente tranquilidad, tomó un libro y se puso a leer; luego trabajó durante algunas horas; enseguida salió a dar un paseo.

A cada instante se decía, como respondiendo a sus propios deseos y a sus propios impulsos:

“¡No iré! ¡No iré! ¡Pues no faltaba más! ¡No iré! ¡Robert se figura que todos somos tan débiles como él! ¡No, no, no iré!”

Las penas infinitas que hasta entonces había sufrido con resignación, se le agolparon en el alma repentinamente.

En vez de halagarle, el nuevo amor de la Muñeca lo humillaba. “¡Acaso era él un instrumento que podía abandonarse y recogerse enseguida conforme a los caprichos de una mujer más ligera que las *ligeras* de profesión?”

Liliana lo había engañado con Margot (“sí, sí, a pesar de lo que creía inocentemente Robert, sí”); luego había profanado su amor entregándose al primero que pasara por la calle. Los que no se habían acostado con ella era porque no habían querido.

“¡No iré!”

Después de haber *monumentalizado* su odio contra la Muñeca, tratándola mentalmente como a la más infame de las prostitutas, Carlos sintió una inquietud extraña y una extraña persistencia de su antiguo amor. ¡La había querido tanto! Pero estaba decidido a luchar contra sí mismo, a no “dejarse sufrir”, a no pensar en ella.

En cuanto a ir, de ningún modo.

“¡No iría!, no, no, no, ¡no iría nunca!”

Los amigos de Robert y de Margot limpiábanse las frentes sudorosas, después del cotillón final.

Todos parecían alegres.

En un extremo de la gran sala oro y púrpura, de pie junto a una de las ventanas, una mujer permanecía inmóvil, abanicándose con una nerviosidad vertiginosa, sin tomar parte en la animación general. Aquella mujer era Liliana, que pensaba en su antiguo amante y que se decía a sí misma por centésima vez:

“No vendrá. Es un hombre fuerte. No quiere volver a verme. Prefiere casarse con otra cualquiera. ¡No vendrá!”

La orquesta preludiaba el Desfile de Gorsis, y las mujeres pedían ya sus abrigos.

Eran las cinco de la madrugada. El cielo comenzaba a teñirse de áureos y suaves matices.

De pronto, un lacayo anunció en voz alta:

—¡El señor don Carlos de Llorede!

“¡Pobrecillo! —pensó Robert al ver entrar a su pálido amigo—. ¡Cuánto debe de haber sufrido antes de decidirse a ser feliz de nuevo!”

NOTICIA DEL TEXTO

Del amor, del dolor y del vicio se publicó por primera vez en la imprenta de *Madrid Cómico* (Madrid, 1898). Enrique Gómez Carrillo incluyó una dedicatoria a Luis Bonafoux (1855-1918), director del periódico parisiense *La Campaña* y patrocinador de la edición de la presente novela corta. En la dedicatoria, el autor previno que los periódicos españoles y americanos lo catalogaran como un escritor licencioso e inmoral. En 1901, circuló una “edición definitiva”, con prólogo de Rubén Darío (París, Librería Americana); posteriormente reeditada, sin cambios, en 1909 y 1913.

Del amor, del dolor y del vicio se integró con otras dos novelas del autor —*Bohemia sentimental* (1899) y *Maravillas* (1899), titulada después *Pobre Clown* (1900)—, en *Tres novelas inmorales* (Madrid, Cosmópolis, 1919). Al año siguiente, el volumen vio la luz nuevamente en la editorial Mundo Latino (Madrid, 1920), con el número V de las *Obras completas* del escritor guatemalteco. En sus versiones definitivas, Gómez Carrillo realizó múltiples cambios. Por ejemplo, y así se explica en la

“Presentación” de esta primera edición digital de *Del amor, del dolor y del vicio*, se suprimieron los siete capítulos iniciales de la obra. *Novelas en la Frontera* sigue la última decisión autoral de 1919.

En 1995 se reeditaron las *Tres novelas inmorales* (Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica). Fue hasta 2012 que la editorial Alfaguara publicó esta trilogía narrativa en el país natal de Gómez Carrillo.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO
TRAZO BIOGRÁFICO

Enrique Gómez Carrillo nació el 27 de febrero de 1873 en la Ciudad de Guatemala. Creció en el seno de una familia de intelectuales, circunstancia determinante para la formación del futuro escritor. Su padre, Agustín Gómez Carrillo, lo introdujo a la literatura española; su tío, José Tribble, a la francesa; y su madre, Josefina Tribble, le enseñó francés, la lengua de sus antepasados.

Su educación fue irregular y en gran parte autodidacta. Pese a ello, muy joven muestra inclinación literaria y se convierte en lector voraz. Dos obras lo marcaron profundamente: *Mensonges* (1887), de Paul Bourget, y *Escenas de la vida bohemia* (1849), de Henri Murger; ambas le muestran la fascinante bohemia parisina y sus aspiraciones de rebeldía y libertad, además de impulsarlo a vivir de la escritura y a frecuentar estrechamente los círculos más elevados de la vida artística.

A los dieciséis años, comenzó a colaborar para diversos periódicos de su país, entre ellos *El Correo de la Tarde*, dirigido por Rubén Darío. Desde sus primeros

textos destacan temáticas recurrentes a lo largo de toda su prosa: la representación de la ciudad, el teatro, el culto a la mujer, la moda, la cultura y el interés por convivir con comunidades artísticas y literarias. Desde joven, Gómez Carrillo posee la cualidad de demostrar una actitud de ruptura y confrontación ante la fosilización de las letras americanas; con esa actitud, propone una prosa de amplias resonancias poéticas y recursos novedosos.

A los diecisiete años el presidente de su país, Manuel Lisandro Barillas, le otorgó una beca para escribir en Madrid, mecenazgo que aprovecha para instalarse en París definitivamente, ciudad de la que se apropia y a la que le dedica gran parte de su obra. Su primera publicación importante es *Esquisses* (1892), con una serie de entrevistas a escritores como Oscar Wilde, Paul Verlaine y Rubén Darío. La forma novedosa de presentar a los autores, desde su intimidad, será una marca personal en las múltiples entrevistas de los años venideros.

Amante del arte, la moda, las mujeres, y sobre todo de la vida, Gómez Carrillo fue un trabajador incansable y fecundo. Además de cuentos, ensayos, novelas, entrevistas, autobiografía y antologías, se dedicó principalmente a escribir crónicas de viajes para diversos periódicos de América, Madrid y París. Además, a lo largo de su vida también dirigió y editó revistas como *El Nuevo Mercurio* o *Cosmópolis*, una de las publicaciones en len-

gua española más relevantes de su tiempo. El reconocimiento de su trayectoria le valió los nombramientos de embajador de su país en Argentina y Francia.

Durante la primera Guerra Mundial colaboró como corresponsal y sus escritos, desde las trincheras, fueron reconocidos por su profundidad y sensibilidad humanas. Durante ese periodo, se convirtió en cronista de viajes; con ellas abrió para sus lectores una ventana a diversos países de Europa, Oriente, Tierra Santa y Argentina, entre otros lugares que Gómez Carrillo visitó.

Hasta su fallecimiento en París, el 29 de noviembre de 1927, los últimos años de su vida transcurrieron entre Argentina y Europa. Sus restos descansan en el cementerio parisino de *Père Lachaise*. En su vasto legado literario, destacan la forma novedosa de trabajar la prosa, la fundación de revistas y diarios; pero, sobre todo, la profunda mirada y la aguda sensibilidad del viajero. Gracias a éste, conocemos las sensaciones del mundo recorrido a través de sus retinas.

Yosabandi Navarrete Quan

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, IIFL, UNAM

Adrián Curiel Rivera, CEPHCIS, UNAM

Verónica Hernández Landa Valencia, FES ACATLÁN, UNAM

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, CIALC, UNAM

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, CIALC, UNAM

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, CEPHCIS, UNAM

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Águila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez Hernández • Luis Gómez Mata • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Luz América Viveros

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Diana Ramos



Del amor, del dolor y del vicio se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 6 de noviembre de 2020. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de GUADALUPE MARTÍNEZ GIL. La edición estuvo al cuidado de GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ.